TRADICIONES Y LEYENDAS

DE LA CIUDAD DE LA PAZ

La Paz
con fuerza con fe q'e

TRADICIONES Y LEYENDAS DE LA CIUDAD DE LA PAZ

Gobierno Autónomo Municipal de La Paz

Luis Revilla Herrero
Alcalde Municipal de La Paz

Walter Gómez Méndez
Oficial Mayor de Culturas

Arq. Ximena. M. Pacheco Mercado
Directora de Patrimonio Cultural y Natural

TRADICIONES Y LEYENDAS DE LA CIUDAD DE LA PAZ

Compiladores:
Carlos M. Gerl Pardo
Randy Chávez García

Revisión de edición:
Juan José Espada Sandi
Huáscar F. Lozada Saldías

Fotografías:
Archivo Roger Pastén

Diseño:
Ysrael A. Mendoza Maldonado

Transcripción y apoyo logístico:
Rudy I. Aponte Ibes
David Mendoza Salazar
Franz Aliaga Maldonado

La Paz, octubre de 2011

PRESENTACIÓN

En el marco de un nuevo Octubre Patrimonial, el Gobierno Autónomo Municipal de La Paz, a través de la Dirección de Patrimonio Cultural y Natural de la Oficialía Mayor de Culturas, presenta este trabajo denominado Tradiciones y Leyendas de la ciudad de La Paz. Se trata de una investigación elaborada por la Unidad de Patrimonio Inmaterial e Investigación Cultural, destinado a las labores de salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial del municipio y a difundir el conocimiento de las tradiciones y leyendas de nuestra ciudad. Es al mismo tiempo un justo homenaje póstumo a **Ismael Sotomayor, Rubén Ochoa Uribe, Zacarías Monje Ortiz** y **Antonio Paredes Candia**, acuciosos recopiladores de aquellas leyendas instaladas en el imaginario colectivo de varias generaciones de paceñas y paceños.

Las tradiciones y leyendas reflejan, en efecto, maneras de ser y sentir de los paceños a partir de las impresiones dejadas en nuestra comunidad por determinados acontecimientos, ideas, creencias y sentimientos, transmitidos a menudo de viva voz de una generación a otra, cada una de las cuáles agrega alguna anécdota, algún enfoque, alguna visión influenciada por el presente. Cuando están relacionadas y narradas con ingenio y además referidas en testimonios escritos. Son el palpitar de los paceños, sobre todo de los individuos que figuran caracterizados por sus costumbres peculiares, sea probidad o menoscabo. Es una forma fantasiosa de conservar y transmitir las creencias íntimas de nuestra sociedad.

Los escritores Sotomayor, Ochoa, Monje y Paredes llevaron adelante una ardua labor escrutando los antiguos escritos, recopilando y confrontando distintas versiones de relatos orales, materia prima con la cual revivieron leyendas en muchos casos perdidas, se aproximaron a las versiones originales de otras y las refrescaron para disfrute de las nuevas generaciones, o para refrescar el recuerdo de las anteriores. A todas esperamos enriquecer en el conocimiento de lo que fuimos, de lo que somos, única manera de averiguar lo que seremos.

Luis Revilla Herrero
Alcalde Municipal de La Paz

PRESENTACIÓN

Las tradiciones y leyendas de la ciudad de La Paz, que forman parte de nuestra literatura gracias a notables costumbristas y escritores, son patrones de conjuntos culturales heredados de anteriores generaciones y, por sus valores, creencias, costumbres y formas de expresión, en especial las que se transmiten oralmente, son parte de la memoria colectiva e imaginarios de los paceños. Varias narraciones tradicionales incluyen elementos ficticios, a menudo sobrenaturales y cuya acción transcurre en un mismo reino de posibilidades que comparten el narrador y su audiencia, lo que aporta al relato cierta verosimilitud.

Estas características, presentes en periodos antiguos de nuestra historia, han sido narradas e inmortalizadas por algunos de nuestros autores denominados costumbristas, que a través de crónicas o relatos nos entrega literatura sobre distintas tradiciones y leyendas, algunas de las que alcanzaron resonancia en aquellos tiempos y que aún despiertan curiosidad en la actualidad. Otras se refieren a acontecimientos contemporáneos, que por el misterio que los rodeó u otra circunstancia excepcional han sido rescatadas por nuevos estudiosos de este acervo, como podrá apreciar el lector.

En el mes de Octubre Patrimonial, en el propósito de fortalecer las políticas y acciones de salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial del Municipio de La Paz y al mismo tiempo como un homenaje a **Ismael Sotomayor, Rubén Ochoa Uribe, Zacarías Monje Ortiz** y **Antonio Paredes Candia**,autores bolivianos que se han distinguido con sus

obras sobre el espíritu o "ajayu" de La Paz/Chuquiago Marka, el Gobierno Autónomo Municipal de La Paz, a través de la Oficialía Mayor de Culturas, presenta esta publicación encomendada a la Unidad de Patrimonio Inmaterial e Investigación Cultural, dependiente de la Dirección de Patrimonio Cultural y Natural.

Walter Gómez Méndez
Oficial Mayor de Culturas

ÍNDICE

	Página
INTRODUCCIÓN	11
ISMAEL SOTOMAYOR Y MOGROVEJO (BREVE RESEÑA)	14
MILAGRO DE LOS REMEDIOS	15
MANOS NON SANCTAS	21
EL COMPADRE HERRERO	26
CALAVERITA HABILIDOSA	32
COSAS DE AMBOS MUNDOS	39
RUBÉN OCHOA URIBE (BREVE RESEÑA)	46
DE CÓMO UN SANTO CRISTO SALVO A UN REO	47
ÁNIMAS Y DERRUMBES EN EL PRIMER TEMPLO	55
LA DESAPARICIÓN DE HANCKKO HANCKKO	68

UN CASO DE CANIBALISMO 79

¿QUE OCURRIÓ CON LA LAGUNA ENCANTADA? 85

ZACARÍAS MONJE ORTIZ (BREVE RESEÑA) 93

AQUELLA CALLE, LA CHOLITA Y EL CORREGIDOR ESPAÑOL 94

ANTONIO PAREDES CANDIA (BREVE RESEÑA) 101

UNA MÁQUINA DE COSER QUE SALVA UNA VIDA Y ASCIENDE A UN MILITAR 102

CARLOS M. GERL PARDO & RANDY CHÁVEZ GARCÍA (BREVE RESEÑA) 108

EL PRIMER ENTIERRO EN EL CEMENTERIO GENERAL 109

DAVID MENDOZA SALAZAR (BREVE RESEÑA) 114

LA "CHOLITA SIRENA" DE CALLAPA 115

LA CURVA DEL DIABLO 121

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA 125

I INTRODUCCIÓN

La intervención de la UNESCO para salvaguardar el Patrimonio Cultural Inmaterial, a través de políticas de preservación y ayuda, ha revitalizado la posición de los Estados nacionales y sus gobiernos locales para conservar los conocimientos, tradiciones ancestrales en beneficio de la humanidad, basadas en la diversidad cultural, en una era que tiende a homogenizar la cultura. Como parte de la Salvaguarda de las Tradiciones y Expresiones Orales, uno de los ámbitos generales en los que se manifiesta el Patrimonio Cultural Inmaterial del municipio de La Paz, el Gobierno Autónomo Municipal de La Paz a través de la Dirección de Patrimonio Cultural y Natural, de la Oficialía Mayor de Culturas, da a conocer en esta obra las Tradiciones y Leyendas de la ciudad de La Paz.

Asimismo, con esta publicación se pretende identificar, proteger, recuperar, conservar, valorizar, promover y difundir los elementos de las tradiciones y leyendas de nuestra ciudad y, de igual forma, para lograr su reconocimiento, preservación y valoración en la población. Así como también se realiza el homenaje póstumo a Ismael Sotomayor, Rubén Ochoa Uribe, Zacarías Monje Ortiz y Antonio Paredes Candia, grandes autores paceños y bolivianos que han sobresalido con sus obras literarias referentes a las tradiciones y leyendas de nuestra querida ciudad de La Paz.

El ámbito Tradiciones y Expresiones Orales del Patrimonio Cultural Inmaterial del municipio de La Paz abarca una inmensa variedad de formas habladas, como proverbios,

adivinanzas, cuentos, canciones infantiles, leyendas, mitos, cantos y poemas épicos, sortilegios, plegarias, salmodias, canciones, representaciones dramáticas, entre otros.

Las tradiciones y expresiones orales sirven para transmitir conocimientos, valores culturales y sociales, y una memoria colectiva. Son fundamentales para mantener vivas las culturas. En muchas sociedades, el cultivo de las tradiciones orales es una ocupación muy especializada y la comunidad tiene en gran estima a sus intérpretes profesionales, que considera guardianes de la memoria colectiva.

Las narraciones son una combinación de imitación, improvisación y creación que varían según el género, el contexto y el intérprete. Esta combinación hace que sean una forma de expresión viva y colorida, pero también frágil, porque su viabilidad depende de una cadena ininterrumpida de tradiciones que se transmiten de generación en generación.

Al igual que otras formas del Patrimonio Cultural Inmaterial del municipio de La Paz, las tradiciones orales corren peligro por la rápida urbanización, emigración a gran escala, industrialización y efectos de la globalización, entre otros. Los libros, periódicos y revistas, así como la radio, la televisión e Internet, pueden surtir efectos particularmente nocivos en las tradiciones y expresiones orales.

Las comunidades, los investigadores y las instituciones pueden utilizar la tecnología de la información para contribuir a salvaguardar las tradiciones orales en toda su variedad y riqueza, incluidas las variaciones textuales y los diferentes estilos de interpretación. Lo más importante para la preservación de las tradiciones y expresiones orales es mantener su presencia diaria en la vida social.

En el trabajo de compilación de las tradiciones y leyendas de la ciudad de La Paz, encontramos un valioso patrimonio escrito, que casi se encontraba olvidado y archivado en repositorios de consulta, motivo por el cual nos comprometimos a investigar y difundir. En esta primera edición, encontramos una quincena, que como sucedió con nosotros, esperamos cautive a nuestros lectores. Queda pues el compromiso, que en el futuro se presente un nuevo trabajo que contribuya al reconocimiento y respeto de la diversidad cultural y a las normas que reiteren la importancia, significado y valor que representa para la cultura ciudadana, nacional y humana.

Ismael Sotomayor y Mogrovejo

(La Paz, 1904 - 1961)

Periodista, investigador y tradicionista. Transcurrió una vida azarosa, plena de necesidades económicas. En 1931, a los 26 años, publicó su primer libro, "Añejerías Paceñas", que fue su gran obra maestra, que contiene 116 tradiciones bien documentadas y conspicuas escritas que dan una fisionomía de una ciudad antigua que hoy se perfila en moldes de progreso. A partir de entonces, trabajó como periodista en La Razón, el Diario, La República, La Semana Gráfica y La Gaceta de Bolivia, entre otros; asimismo escribió en Kollasuyo y Khana. Como investigador, elaboró una reconstrucción del pasado paceño, entreverando la historia, el tradicionalismo y la narrativa literaria.

Su vida transcurrió fuera de las situaciones encumbradas y reconocidas, conviene distinguir una primera época normal, en que formó parte de la Sociedad Geográfica de La Paz, del Centro A. Azpiazu, del Centro Génesis y desde su fundación de la Academia Boliviana de la Historia y; una segunda mitad de su vida, en que se fue automarginando en la bohemia. Sus obras se encuentran dispersas en periódicos y revistas, componen artículos, relatos, ensayos de investigación histórica y biografías, aparte de algunos trabajos de índole folklórica. Tuvo una muerte trágica, desconociéndose el día de su deceso, ocurrido en circunstancias tristes. Su biblioteca fue a dar al Repositorio Nacional.

MILAGRO DE LOS REMEDIOS

Ismael Sotomayor

Casas sobre el río Tumusla, 1900
Fotografía: Archivo Roger Pastén

I

En el año de 1703, existía en esta ciudad una posada que se llamaba Tambo de las Harinas. Era patrona aquí -por haber sido el local mucho antes, hospital de pobres- la Virgen de los Remedios.

Como en posada toda, difícil hubiera sido la no engarzadura de un garito de tipos de mala estampa, donde cualquier pretexto y entre copa y otra, se robaran sin conmiseración algunos, unos a otros.

Frecuentemente concurrente a la mesa de juego era un tal Pizarro Cañizares, natural de Copacabana, quien antes de emprender una partida, rezaba a la Virgen del tambo para que le hiciese jugar con buenos resultados.

En una de esas "tenidas", Pizarro perdió partida tras partida hasta quedar exhausto de mayores recursos y tan furioso se puso que, saliendo del garito se enfrentó a la Virgen de los Remedios e increpándole como a una persona de su calaña, acabó por asestarle una puñalada en el rostro produciéndole enorme herida y causando abundante desangre.

Como si alguien hubiese seguido impulsado al felón a maltratar a la Madre de Dios, quiso inferir una segunda cuchillada al niño que entre brazos de ésta estaba, pero, ella en defensa levantó oportunamente la diestra mano y recibió otra herida. Cañizares, perplejo de lo que acababa

de ver, no creía, pero, al fin se convenció de que estaba operando un milagro de marca mayor y metió bulla.

II

A la misma hora de que ocurría en el tambo, cercano al convento de San Francisco, una señora enferma, con un pequeñín en brazos, estaba presentándose en la portería del Hospital de Mujeres, en demanda de curación.

Como las heridas eran de importancia, necesitaban de un tratamiento serio, para lo que en establecimiento cedieron a la enferma una cobacha o lecho separado e independiente. Ingresada que ella fue la señora, corrió las cortinillas y seguramente se hubo acostada.

Dejando en tranquilidad a la enferma, volvamos al tambo y a Cañizares.

Cuando todos, por boca de este, supieron de las puñaladas, se resistieron a darle credo e importancia, insistiendo se dirigieron al lugar donde debía estar la imagen, pero no la encontraron, advirtiendo que ella, antes estaba pintada en la misma pared.

Averiguadas las cosas, resultaba que se trataba de un milagro patente de la Virgen de Remedios, porque cuando al siguiente día, el asistente de turno fue a la covacha de la enfermera del hospital, tampoco la encontró, a pesar de que nadie la había visto dejar el establecimiento.

Cuando las autoridades se apercibieron del hecho para sentar en acta los esclarecimientos necesarios, dirigiéndose al Tambo de las Harinas; la Virgen nuevamente se encontraba en su primitivo lugar, con las heridas recién cicatrizadas.

III

La gente que se impuso del hecho milagroso al igual que las comunidades de los juandedianos y los franciscanos, armaron pleito, por llevarse consigo a la imagen del milagro.

Los juandedianos adujeron su derecho de propiedad por haber ido la Virgen a su hospital a solicitar auxilios; en tanto que, los franciscanos querían llevarse a la milagrosa diciendo que el portento había ocurrido a dos pasos de su convento (como verdaderamente, el Tambo de las Harinas estuvo situado en la que hoy es casa Murguía en la plaza de San Francisco).

Parecía que el litigio no tenía trazas de ser terminado, pero para lograrlo, se propuso recurrir a un medio original para adquirir derecho de propiedad. Pertenecía la Virgen en adelante, a la comunidad que con menos dificultad intentara conducirla.

A la prueba. Los frailes franciscanos se pusieron al caso, pero por pocas se destroza la imagen a causa de haberse hecho tan liviana y frágil.

El pueblo ponía gritos, volverla a colocar en su primitivo lugar del Tambo, pero al intentarlo, la Virgen se puso más pesada que la torre Eiffel; ni mil hombres hubieran podido levantarla. Quedaba a la postre a los frailes juandedianos.

Cuando estos hicieron lo posible por levantarla, no opuso la menor resistencia. Tenía un peso correspondiente a su natural volumen. El problema estaba resuelto. Organizóse una solemne procesión y nuestra Madre de los Remedios fue triunfalmente conducida al templo de San Juan de Dios anexo al Hospital (antiguo), en cuyo trono del altar mayor, actualmente se la ve.

IV

La festividad de los Remedios, fue antiguamente celebrada con toda la pompa que el milagro se hacía acreedor, gastándose ingentes sumas y mereciendo la Virgen valiosísimos presentes de parte de sus devotos.

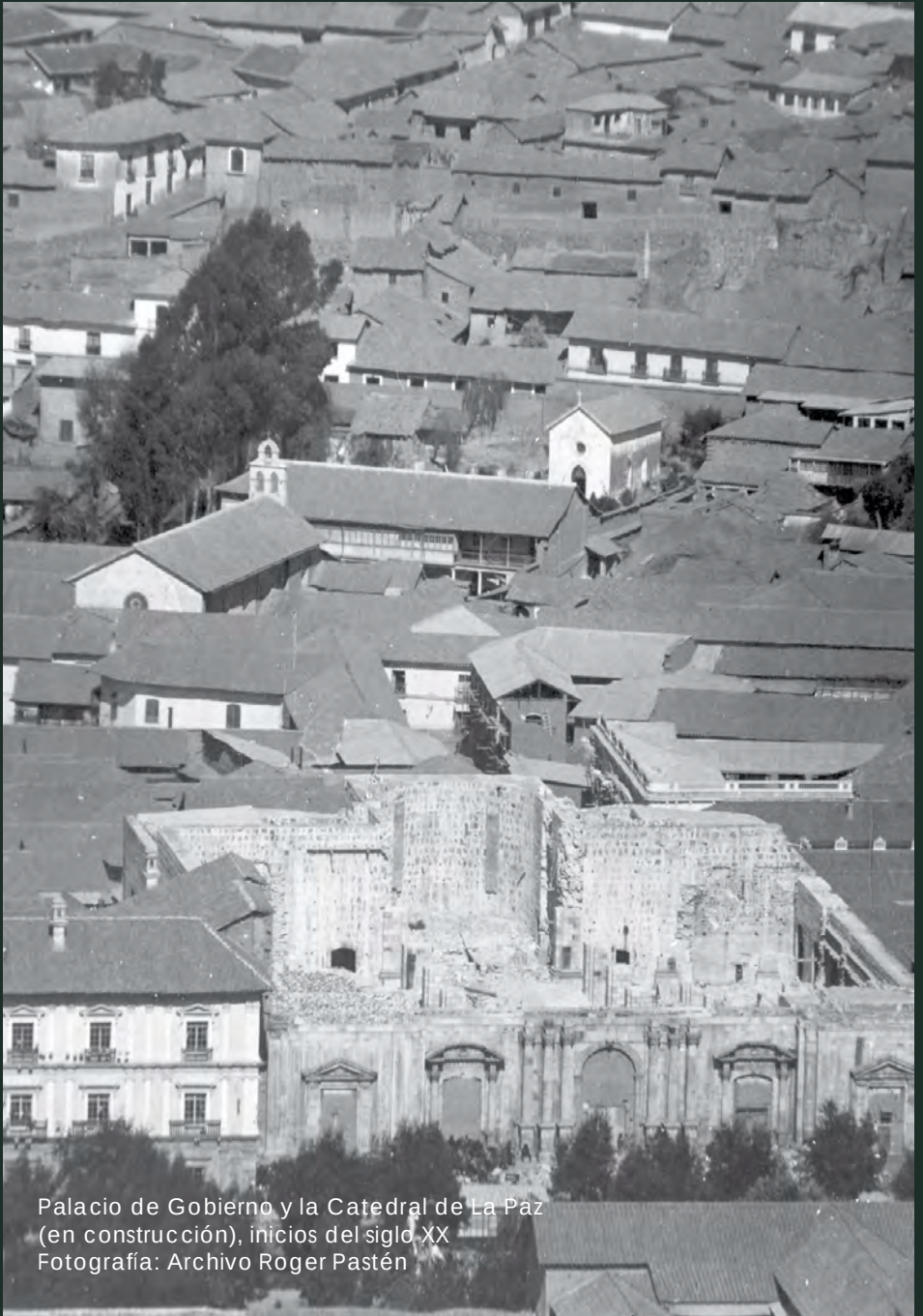
Desde 1800 hasta 1859, se hizo cargo de la devoción y la fiesta de la Virgen de los Remedios, Doña Manuelita Cárdenas, alias "la montache", persona acaudalada y dueña de los Molinos, ubicados por entonces en los terrenos que ocupa la plazuela Venezuela.

El hermano de esta devota, presbiterio de profesión, obsequió a la Virgen vente tejos o lingotes de oro, un baldaquino de brocato con pailas de plata maciza, un gran centellero o candelabro del mismo material y más un armamento para celebrar misas, cuya casulla ostentaba un Agñus Dei bordado con perlas.

Como quiera que esos tiempos de tanta riqueza han desaparecido, las circunstancias actuales son otras; con todo, el culto a la Virgen de los Remedios, casi nada ha mermado, siempre tiene mil devotos y anualmente, alférez que no se escatiman para celebrar su festividad como corresponde.

MANOS NON SANCTAS

Ismael Sotomayor



Palacio de Gobierno y la Catedral de La Paz
(en construcción), inicios del siglo XX
Fotografía: Archivo Roger Pastén

I

En el año de 1799, cuando la ciudad de La Paz tuvo que lamentar un percance moral de sin par comparo, debido a las causas y efectos que aquí van.

Vivía en el barrio de Supay-calle (hoy calle Santa Cruz), un hogar santo y dichoso formado por Pancho Alquiza y Ursula Molina y más el hijo de ambos llamado por los tíos, de diferentes maneras: Pepe, Uchicho, Canuto; es lo cierto que tal mal criado, engreído y amelochado fue viviendo y creciendo hasta ser joven que en una ocasión armó en su casa una parranda maléfica que acabó a capazos.

Pepe, cogiendo una torneada pata de mesa la arrojó a la cabeza de Petrilla, la sirvienta, y seguidamente y para mal de sus pecados concluyó infringiendo el cuarto mandamiento de la Ley de Dios, ¿y sabes cómo, asiduo lector? Pues, sencillamente, estampando un reverendo revés en la arrugada faz de Doña Urzula, su madre, y añadiendo con otro imponente puntapié de recorrida a las nalgas de Don Pancho, su padre, que por pocas no lo manda por el balcón hacia la calle en busca de protección.

II

Este desacato gravísimo para con la autoridad paterna no pasó inadvertido para los vecinos del barrio, que pronto se encargaron de divulgar por toda la ciudad; todos

abundaron en fulminar maldiciones a granel al mal hijo; las señoras bonachonas le llamaron "Avocastro de la Naturaleza".

Siendo las cosas y los comentarios pasados, Canutín tuvo en su conciencia el enorme, el atroz remordimiento de su malévola acción, pero ya era muy tarde, porque ya pesaba sobre él una tremenda excomunión eclesiástica cuyo proceso se guardaba en archivo del Cabildo. El anatema de las gentes de la ciudad y del campo había estigmatizado la frente del culpable con este bochornoso letrero: "Excomulgado porque pegó a sus padres".

Semejante sanción moral -y para aquellos tiempos- venía consumiendo la existencia del desgraciado Uchicho; para él todo era vergüenza y pesar; atacado por la anemia y por la cardiacis, su salud decayó visiblemente hasta que, en una de esas, ¡zas!, sucumbió redondo, con el último ataque de mal corazón.

Sus labios apenas lograron decir, arrepentido; ¡Dios mío, perdóname! Y la Cuca Vieja se llevó sin mayor trabajo la vida del desgraciado Pepe Uchicho Canuto.

III

Nuestro desventurado, fue puesto bajo la tierra, y por mucha conmiseración en un lazareto, situado -en tan lejanos tiempos- en las inmediaciones del actual Caiconi.

A los pocos días de enterrado, Pepe resultó con las manos fuera de la sepultura, por algo sobrenatural; la gente se sorprendió al saber de esta noticia, pero, lo que todos los ojos veían, era pura verdad. Compadecidos, enterraron las manos putrefactas e infamadas por la acción que ya conocemos.

Quince días pasaron de tan caritativa actitud, más se supo nuevamente, que habían reaparecido fuera de la fosa, en esta vez no solamente las manos sino también los brazos íntegros, del hasta en la tumba, rebelde Pepetín.

Lo que ocurría era extraordinario y los que vieron la reincidencia, afirmaron de qué se trataba de las consecuencias de la excomunión del testarudo hijo y que por estar condenadas sus ofensivas manos no podían hallar el descanso eterno. Necesario era que el señor Obispo levantara la excomunión.

Así fue. Los padres del culpable procedieron a castigar simbólicamente las manos exhumadas -como era de costumbre- con varillas metálicas; su Ilustrísima masculló algunas incongruencias latinas; los brazos del Canutillo por tercera vez fueron sepultados y la excomunión estaba suspendida ad perpetuam.

Las manos, cabeza, cuerpo y pies, desde ese día descansaron en santa paz de cementerio y seguramente habrían seguido descansando hasta hoy si hubiera dejado de prevalecer aquello de: "De polvo eres hecho y en polvo te convertirás".

Los vecinos de Supay-calle o de la calle del Diablo y con esto los habitantes de toda la ciudad tuvieron con lo ocurrido a las manos excomulgadas un ejemplo para su juicio y un espejo en qué mirarse más de cerca.

Es lo que conservan y narran los códigos de aquel tiempo viejo, lo mismo que este servidor de usted se permite transmitirle para que le haga merced de adaptarle adecuada moraleja o si le parece puede también rasgarla.

EL COMPADRE HERRERO

Ismael Sotomayor

Comerciante, comienzos del siglo XX
Fotografía: Archivo Roger Pastén

I

Esta añejería, ojalá sirva para hacer ver que no en todas partes se cuecen habas; es decir que, en ningún tiempo han dejado de faltar mujerzuelas de dudosa "flor de santidad", las que con sus mimos y satánicos atractivos dieron al diablo, inclusive a su alma, debido a ciertas triquiñuelas amorosas y otros pasatiempos nada púdicos.

Existió en esta ciudad de La Paz, por los años de 1708, un obrero llamado Diego Iquino, miembro prominente del gremio de los herreros, al que decíanle "el Tancredito". Este maestro pasaba gran parte del día cambiando herrajes a mulas de tacón gastado y cobraba, por su pérdida de tiempo, nada más que medio y cuartillo; pasaba la jornada, extendía mantas y regocijado contaba, en compañía de su modelo consorte, las ganancias del día y seguidamente al comer, entregábase al descanso, para levantarse con mejores ánimos de trabajo.

A tres cuadras y como quien doblada una esquina próxima al barrio de la casa de "el Trancredito", situada en Yarhuipila y, que conocemos por la esquina comprendida entre la calle Pichincha e Indaburo, tenía Iquino una comadre suya, señora bonachona y entrada en años que por ocupación predilecta tenía la de estarse en la iglesia que los trece meses del año y el resto en sus hogareños menesteres, como comadre era bastante servicial y relativamente caritativa con su compadre "el Tancredito". Una de las tantas noches de aquellos días, a eso de las

once, pasado el meridiano, oyó Iquino, llamar a sus puertas a alguien que al parecer, requería urgentemente sus servicios de herrero. El dómine, levantándose azaroso y abriendo su taller, tienducha o cerrajería, se encontró, cara a cara, con un mal plantado caballero en mula, quien le impuso -el caballero, no la mula- acomodara herrajes al animalucho, en el menor tiempo posible. El maestro obrero le advirtió, incomodado, lo importuno de la hora, la interrupción de su dulce sueño, etc. Pero, sus razonamientos cayendo como a un tonel sin fondo le obligaron a poner manos a la obra encomendada, ya que el cliente extravagante le ofrecía una elevada remuneración a su trabajo.

En efecto, cogiendo las herramientas del oficio, plan cata plan, empezó a golpear duro en los cascos de la bestia, más por concluir con la molestia que por ganarse unos cuartos hasta que, seguramente lastimó el amor propio de la mula obligándola a que hablara quedó al oído de Iquino: ¡Ay, maestro con más cuidado...! Tencredito creyendo engañarse así mismo, se dijo: a otra parte, mula con tus recomendaciones, más vale para mí, el sueño y mi plata que tus dolores.

Y plum tras plum, continuó a macha-martillo golpeando y herrando. Entretanto el sueño del animal, permanecía cerca de la mano de obra, contemplando el quehacer con perversa sonrisa.

De repente, otra queja más notoria a orillas de la oreja de "el Tancredito": ¡Compadre herrero, me está usted maltratando!; Iquino, parando en definitiva sus pabellones auditivos participó al dueño lo que acababa de escuchar, recibiendo por todo respuesta de éste una guiñada de rabillo de ojo muy sospechosa acompañada de otra maléfica sonrisa.

II

Siguió el trabajo, pero no podía llegar a su fin, porque la mula volvió a quejarse en plena oreja de Tancredito, y con voz ya más alta en esta vez, diciendo: Ay, ay... ay..., compadre herrero me ha reventado usted! Iquino no puso seguir soportando bromas tan feas que acabaron por ponerle los cabellos en punta e hicieran que dejara de acabar su obra más que prisa.

Entró a dar aviso a su mujer de lo que estaba sucediendo, pero al mismo tiempo se dejó escuchar por ambos una estruendosa y sarcástica carcajada y el rajar desenfrenado de una mula que, partiendo patio afuera, produjo cien mil chispas y media.

Despavorido "el Tancredito" y su mujer, salieron de la casa, como diciendo "a donde los pies me lleven" y al pasar por la puerta de la casa de su comadre, la señora beata, notaron corrillos de gente que comentaba la repentina muerte de la desventurada, acaecida instantes atrás. También lograron escuchar que tan buena doña -al parecer- seguramente se había condenado por tener ciertas relaciones de ilimitada y de marcada francachela con cierto y muy malo sujeto de "ordenes mayores".

El maestro Iquino, no pudo resistirse a meter la cuchara en plato ajeno e incluyéndose entre el corrillo de gente, hizo relación de lo que le acaba de asombrar y acontecer en su taller, y con esto -que era lo único que faltaba- las demás gentes de la ciudad, vinieron a confirmar que, la mula habladora del suceso ocurrido en la casa de "el Tancredito", no era otra que él anima endemoniada de la comadre del herrero que, en momentos de su agonía había encaminándose al taller del maestro, en compañía del mismo diablo, sabe Dios a que cosa.

III

Desde entonces, esta tradicioncilla, convertida hoy en relación, casi verídica en el consenso de los ingenios baratilleros, que por protagonista tuvo a un manso herrero de la época, ha quedado como gravado ejemplo para las personas que sin escrúpulo alguno andan en ajenos líos y que sólo son descaradamente llevaderos por hombres libres que no tengan absoluta responsabilidad de sus actos en la relación de cuentas a la que deben someterse en el tribunal supremo de la otra vida.

CALAVERITA HABILIDOSA

Ismael Sotomayor

Antigua vía, inicios del siglo XX
Fotografía: Archivo Roger Pastén

I

Por entonces, deslizábase ufano y gallardo el año de 1790. En una de las casas de esta ciudad de La Paz, cercana al monasterio de las Concepcionistas y para más señas, a pocos pasos de la llamada Piedra de la Paciencia, existía un sospechoso y maltrecho garito donde frecuentaban, cuotidianamente, infinidad de mozalbetes timadores y no menor número de jugadores, diestras alimañas en el sucio arte de las barajas y "copólogos" de buena firma y mejor disposición hacia el terreno de la taquigrafía.

Distinguíase entre los dichos, uno de calada agujerada y de discreto orzuelo (ignoro si éste fue buena o mala gente), ya que allí también solían acudir mozos de bien a los que sus compinches, un tanto reservados, guiñaban el ojo de rato en rato.

Perillán o el del orzuelo, era llamado el "hombre de la estrella", debido a la infalible destreza con que arrojaba ases, tricas, pares y rojos, cogiendo seguidamente para sí muchos doblos y tostones del áureo y vil metal hasta que la nueva alborada sorprendía, impertinente, todas estas tramperías.

Una de las tantas noches de jolgorio monetario, entre picantes bromas y exclamaciones de respuestas agresivas, perdió moneda tras moneda, como nunca; dobló el codo como ninguno de los presentes en la sala; fue generoso en repartirles cachetadas y protestando contra San Blas

(del que dicen que es patrón de jugadores y diestro para echar cartas blancas, aunque yo no lo creo), optó por dejar casa tan non-sancta, llamada también "mercería" ante los incautos.

Con mucho alcohol en la testa y dispuesto a prodigar bilis al primero que a su paso la solicitase, dejó sorprenderse en plena vía de su casa por el canto de un "gallino", que anunciaba un nuevo día del mes, tarea para lo que el animalucho -como de sobra lo sabemos- es más prolijo que el sol mismo.

II

Perdido el seso y la noción de lo que es la línea recta, anduvo por todas partes; posó planta en Cañar-calle, estuvo por las Harinas hasta que, aburrido de vagar tanto, fuese con dirección directa a su casita, cuando al pasar por la iglesia de San Juan de Dios -¡zás barrabas!- un tropezón que por pocas no le extiende al suelo como a sapo en charro; muy apenas logró el hombre dar con el motivo que había obstaculizado su camino y creyendo ver en el suelo cualquier insignificante tramo, topó nariz a boca con una ñata calvita, interceptora de ebrios caminantes.

Otro que no hubiese sido precisamente el "de la estrella", habría quedado con la mente desvanecida de todo indicio de borrachera viendo semejante cosa a tal hora y en iguales circunstancias.

Nuestro héroe, apenas a la calaverita la hizo el honor de darla un ligero puntapié, añadiendo a la acción este recado, en despreciativo y como desafiante tono: "Picarona e impertinente hermana, presto debería largarte y más lejos de este sitio; empero, como tampoco mi ánimo es el de acabar partiéndote la calva, permuta hago de ese escarmiento invitándote a mi mesa un jícara de chocolate esta misma noche, apenas el reloj del cabildo

haya dejado de sonar diez campanadas. Abur hasta la hora de la cita en la mercería.

Diciendo esto, el hombre de la estrella, prosiguió canturreando en su camino, hasta llegar a su vivienda. Tan pronto se acostara, seguramente durmió como dos lirones juntos; pero, es lo cierto que acabo de amanecer y día ser.

III

La noche de este día, cual ya era costumbre, se reunieron nuevamente los jugadores, a cual mejor de sanos y cuerdos, incluso el "de la estrella". Comenzaron las partidas y las dobles apuestas. Cabe indicar que, las autoridades, todo tiempo, fingiendo estricta vigilancia por todo juego de azar buscaban siempre tres pies al gato y olfato en el alcatraz; por esto, la llamada mercería, a las diez de la noche, parecía casa de duendes, cerrada con veinte aldabones y más cuña en puerta, ¿abrirse?, ni a cañón rayado, pero…pero…otra era la madre del cordero.

Diez campanadas en el reloj público dando y el maniquete sonando. Todos paran el juego, ocultan dinero y naipes; ¡la autoridad!, no puede ser, es absoluta la seguridad de puertas y ventanas; uno de los tíos, haciendo de tripas corazón, dice: ¿Quién va? Soy un invitado -responde una voz gangosa; -el "de la estrella" ni por pienso acordábase de lo ocurrido en la noche anterior; bueno, adentro hermano, continuó y abriéndose la puerta, avanza hasta ponerse frente a la mesa de los jugadores, un hombre alto y en justo merito en el hábito de San Antón, con la capucha calada y las manos cruzadas entre las anchas mangas, rosario en cinto y… silencio de panteón.

El "de la estrella", despectivo ofrécele asiento y casi inconscientemente ordena al fiscal de la taberna: A ver, buen hombre una taza de vuestro excelente chocolate para este intruso reverendo. El aparente monje muy sumiso

y de poco hablar, permanecía quedo; una vez servida aquella, el invitante se la ofrece y el intruso del cinto alarga el brazo para recoger la taza, pero al hacerlo, deja sobre la mesa un senderillo de ceniza; advirtiendo esto, uno de los parroquianos, piensa que el visitante es más fumador y sucio que un murciélago, reservándose de públicos comentarios, pone dedo con punta en boca propia.

Concluido el chocolate, se levanta el amortajado y dirigiéndose al "de la estrella", le dice: Dios te pague hermano por el sabroso chocolate que a tomar me invitaste anoche, al pasar por el camposanto de San Juan de Dios; en remuneración, invítote a que me sigas. Y permaneció de pie esperando la respuesta.

IV

El malaventurado tahúr (jugador) del cuento recién se acordó de lo ocurrido noche antes entre él y la calaverita habilidosa, y al convencerse que el amortajado presente no era otro que el alma -en pena, seguramente- de aquella, fue preso de pataleta, sudó tinta y su sangre ahogó las fosas nasales. Cuando los compañeros aventureros quisieron socorrerle, el "de la estrella" no estaba ya en este valle de lágrimas, pues había seguido en efecto al de la capucha calada, vamos, había fallecido.

V

Llegado el momento de interpelar al individuo del hábito, no hallaron ni su sombra; recorrieron puertas; observaron rendijas para ver si era serio lo que ocurría, de quien se trataba y por dónde había entrado y salido, pero de ninguna huella pudieron percatarse ni a nadie encontraron; pues todo permanecía tan cerrado como cuando entrara el ultimo tahúr, después de dada la consigna necesaria, para no ser aprehendido.

Tornaron hacia el cadáver del "de la estrella" creyendo encontrarle en el sitio donde cayera y después naturalmente, dar parte del fallecimiento a la autoridad; pero ¡oh, altos designios de la eternidad!, tampoco parecía el difunto ni lograron hallarle por mas búsqueda y rebusqueda que hicieran hasta en el más escondido rincón de la vivienda; el de la capucha había cargado con su víctima, quien sabe dónde.

Desde aquel entonces, la casa cercana a la Piedra de la Paciencia, situada en el cenizal de este mismo nombre, donde existiera el boliche de pendencieros y timadores, quedó desierta obscura más que la boca del mismísimo lobo.

Así, no hubo hombre con todo su tomo y lomo que por allí pasase después del toque de "la oración", porque era común decir de los del barrio y de todos los habitantes de la ciudad que: "de la hora de las ánimas pasada, un hermano de la Orden de San Antonio, jugaba en aquellos lares a las bochas con calaveras".

Quien quiera averiguar los datos de semejante narración, vaya presto al Cementerio, busque en sus archivos la respectiva partida de defunción del de "la estrella", que debe figurar en los libros correspondientes al año 1790 y a ver si no acaba por reventarse el seso; si la receta le agrada, a bien la tenga y sino requies cat in pace (descanse en paz).

COSAS DE AMBOS MUNDOS

Ismael Sotomayor

San Pedro y sus alrededores, comienzos del siglo XX
Fotografía: Archivo Roger Pastén

I

Pues bien. Este caso o esta cosa, es del tiempo de Atahualpa, -digo mal- ocurrió cuando esta querida y valerosa tierra de Don Alonso de Mendoza, aún estaba dividida en ciertos sectores o zonas, que hoy hánse venido a incluir en el "radio urbano", por ejemplo, pongo: "chojña-larka", "huajra-pila", "thujsa calle", "khara-huichinca", "karkantía", etc.

En este período de tiempo y vida, en que campeó un gran romanticismo a la par que un santo temor a Dios entre nuestros bisabuelos, intercalado con credulencias para con el diablo, las ánimas y las brujas, aparecieron en ésta parte de América los egregios juanes sin miedo, y precisamente uno de éstos, fue el hombre de nuestro cuento.

Don Juan de San Ginés, el protagonista, mozo de pelo en pecho, de blasonado solar y por ende, gente de añeja alcurnia; descendiente del Inquisidor Don Pedro de Alcudia Suárez y San Ginés, Caballero del Toisón e individuo de la Real Orden de Alcántara y, si hacerse quiere alguillo más de genealogía, añado que el abuelo de Don Juan, fue Don Tadeo de San Ginés. Oidor de Cabildo; habiéndole dado a luz Doña Manuela Josefa Caicedo y Matas en 21 de junio del gracioso año de 1718 en esta ciudad del Choqueyapu. Impúsole óleo y santo crisma el Cura de almas de la parroquia de San Sebastián, Don Anselmo Ustariz, doctor en Cánones y Sacra Teología.

II

Yendo al grano y hacia las espeluznantes proezas de Don Juan de San Ginés, -y por qué no decirlo- de este espadachín de tomo y lomo, echando a ruar la nobleza de su sangre, dedicó sus floridas primaveras a cortejar damiselas de dudosa traza y procedencia, en desmedro asaz de los cuarteles de su escudo.

Así, llegó ocasión en que al recogerse santa y honestamente a su aposento, oído apenas el primer canto del gallo y el lejano del "sereno", en acompañamiento de contunos varios, ocurrióseles a todos torcer un poco de tabaco para matar el frío y entretener a las horas, descendieron la calle de San Juan de Dios, sin encontrar ánima viviente para solicitarla una cerilla y pensando en salvar tal situación, detuviéronse casi al frente mismo del templo de juandedianos, mientras que en la calle, ni chis ni mus.

Cabe, empero, lector, que en el entonces de apuestas tramas, la actual iglesia de dicho San Juan de Dios, era convento hecho y derecho y por tal motivo, estaba administrado por sus paternidades los frailes juandedianos, desde 1629, bajo la advocación del Señor de la Buena Muerte (suplicó no confundirla con la humanitaria, hermandad de religiosas del mismo nombre, fundada veintinueve años atrás).

La susodicha iglesia, servía para depositar a los desvalidos cadáveres, caídos en la tarde de cualquier día (no existían días fijos para descesar); en la noche velábanse allí mismo a puerta abierta hasta la siguiente aurora; para luego ser inhumados mediante la caridad de los hermanos juandedianos, bajo de muy santa sepultura. Cierro el paréntesis, le pongo punto y sigo.

III

Nuestro Juan Sin Miedo (el de San Ginés) fue tímidamente indicado por uno de sus amigos para que entrase al templo y encendiese su tabaco de la llamada de uno de los velones que alumbraban a los cadáveres depositados. Don Juan, no esperó palabras nuevas y terciándose la capa, se dijo: ¡aquí los de San Ginés! y ante el estupor de todos, en faciendo y en diciendo se introdujo a la iglesia. Los amigos, que a pesar de todo esto y mucho más habrían esperado de la temeridad arrojadiza del compañero acabaron por poner pies en polvorosa con la carne hecha de gallina.

San Ginés, encendió su cigarrillo del fuego que dicho queda y ¿quién le vio?, ¿quién le oyó...? nadie. Para otro cualquiera, el chisporrotear de los velones, la soledad sepulcral y el tétrico silencio en la bendita casa, vigilada únicamente por un hermano lego, presente por turno, musitando alguna oración en algún rincón del templo, habrían sido suficientes causales para ponerle los pelos de punta, pero se trata de un calaverón de siete suelas y media.

Saliendo del templo, echando bocanadas de espeso humo con aires de gran hombre, buscó a los amigos, pero no los halló porque sabemos ya lo que pasó con ellos; en cambio, vio que en dirección del camino por todos antes recorrido subía una garrida moza; verla y enamorarse de ella, todo fue uno y siguióla hasta perder el seso; pero cuánto más apuraba el paso para encontrarla, más aún apretaba al caminar la moza para esquivar el tope y así, anda que te anda, ya por la calle de Chirinos (hoy Potosí), ora por la de las cajas (hoy Ayacucho), atravesaron la plaza de ARMAS: siempre el uno muy cerca de la otra, Don Juan parecía decirse: allá te pesco, aquí te cojo, hasta quedar ambos, al fin de la ciudad, es decir en Khellapat-paciencia (hoy parte de la convergencia entre la calle

Ingavi y la avenida Montes, 12 de Julio, Tarapacá, etc.). En éste paraje, don Juan tuvo por acogida a la moza, ya que logró arrebatarla la verónica que llevaba puesta, mas, ésta (la moza, no la verónica), hizo un ligero quite de cuerpo y como queriendo seguir su caminata, torció un breve recodejo y... hasta hoy día. Don Juan no tuvo más que arreglarse el borceguí y luego arrechuparse un dedo; la moza estaba perdida.

IV

Ya sea por cansancio o porque no pudo hallar de nuevo a la incógnita de sus anhelos (que era ánima como luego se verá) el persecutor contentóse con el trofeo conquistado a fuer de ser pertinaz andariego y diciendo en su magín: ¡qué niña ni ocho cuartos!, tornó a caminar rumbo a su aposento; hallándose en casa, encendió la bujía, sometida en fina palmatoria de rica plata, se santiguó y durmióse hasta el siguiente día como un lirón. La verónica quedó perfectamente doblada y guardada en baúl de cedro con siete llaves, como prenda de amorosa e intransigente aventura, que había de ser seguramente recomenzada al siguiente día, apenas cesara el toque de la oración.

Aquí parece acabar el cuento, lector paciente, pero no todo es del color del cristal con que se mira. Paciencia y terminaremos, ya que ahora viene, no lo flaco sino lo regordo de ésta tradición.

No bien hubo despertado nuestro Fidalgo galán, despejada ya su testa de los humos de bon vino en noche anterior libado, de lo primero que hizo memoria fue de la moza perseguida y de la manta cogida; incorporarse y abrir el emporio de sus secretas prendas fue cosa de siz saz.

Difícil es describir a pluma el estupor que Don Juan sintió al ver a la famosa partichela de indumentaria tornada en

algo que su sesera no atinaría a comprender; su tenedor apenas si pudo balbucear un ¡Dios em valga!...! La Verónica de sin par fama, habíase convertido en denegrido terliz, de sucia franja plateada, orlado y salpicado de infinidad de manchas de sebo, érase la tal verónica -lo repito- un terliz de catafalco, ídem a los de la misericordia, camposanto o depósito de cadáveres del templo de San Juan de Dios.

San Ginés, el mancebo temerario, reconstruyendo detalles y desempolvando recuerdos, terminó por refijar en que hubo encendido su tabaco del velón que servía para custodiar los juzgados restos de una mujer, algo joven y desde ese momento hizo conciencia para no volver a jugarse con ánimas que al fin y al cabo ya no pertenecen a este mundo sino al de más allá.

Por vez única y postrera, Don Juan tuvo desenlace tal en ventura suya; recién al cabo de largos años, acórdose que tenía fe de cristiano bautizado; recién se santiguó, contritamente, seis veces, creo que de un solo golpe, oró arrepentido y prometió al cielo, no meter más la pata en fandangos de tal corte y descrédito, en tales calaveradas de cien quilates por peso y menos, a jugarse con despojos humanos que a Dios le son de pertenencia.

Rubén Ochoa Uribe

(Potosí - La Paz)

Oriundo de la Villa Imperial, hizo estudios en la escuela Alonso de Ibáñez, Colegio Nacional Pichincha y en la Facultad de Derecho de la Universidad Tomás Frías, donde se tituló Abogado. En calidad de periodista, fue Jefe de Redacción y Director del diario Alas de Potosí, habiendo también desempeñado el cargo de Oficial Mayor de la Alcaldía Municipal. Posteriormente, se dedicó a la magistratura, ocupando los cargos de Fiscal de Distrito, Vocal de la Corte Superior y Presidente de la Corte Departamental Electoral.

Colaboró con un programa de tradiciones en la radio Sumaj Orcko de la Villa Imperial por varios años. Llegando a la ciudad de La Paz, la Biblioteca Popular Boliviana de Ultima Hora, publicó sus obras "El Potosí de Antaño" y "10 Cuentos, yo y Abandonado". Más tarde, fue galardonado con el Gran Premio Nacional de Novela Franz Tamayo por su obra "No Hay Paz en tu Tumba". Dos años después, publicó su obra "Tradiciones Paceñas". En 2010, el Ilustre Colegio de Abogados de La Paz realizó una Solemne Misa de acción de gracias para la Colegiatura y en memoria de los colegas fallecidos, entre los que se mencionaba a Rubén Ochoa. No se han encontrado fechas sobre su nacimiento y defunción.

DE CÓMO UN SANTO CRISTO SALVO A UN REO

Rubén Ochoa

Casona antigua, inicios del siglo XX
Fotografía: Archivo Roger Pastén

Cuando los conquistadores españoles fundaron la ciudad de Nuestra Señora de La Paz y se establecieron en el valle de Chuquiago Marka, llegaron a querer tanto a la región, que no les interesó nada de lo que ocurría en otros lugares. Seguramente que los sufrimientos pasados, antes de su arribo a las feroces comarcas que ahora habitaban, hicieron que luego de una observación interior, se separaran de todo lo que les rodeaba. Querían hacer de Chuquiago Marka su verdadera morada, llevando una existencia satisfactoria, sin temores. ¡Tanto habían sufrido desde que abandonaron el suelo natal!

Deseaban vivir lejos de todo riesgo, y al recordar los embates de sus vidas azarosas, se sentían cada vez más introvertidos, y esto les impulso a pensar, en que no todos los días eran iguales, sino que había, una mañana, en que las esperanzas, se trocaban en realidades.

Al pensar así, como se afamaban por levantar sus viviendas, queriendo convertir los predios que ocupaban, en carmenes o cigarrales, tal como antes habían visto en Granada o en Toledo. Ya no miraban, como antes lo hicieron, desde las cumbres andinas, otras tierras, otros cielos, otros aires, otras brisas y oquedades que los cobijaban. Ya no iban más allá de la Ceja de El Alto o del valle de San Isidro de Potopoto, es decir, que ahora vivían su propia vida, se alimentaban con su propia existencia y se fortificaban con la pura realidad, alejándose de toda alucinación.

Los moradores vivían en paz, demostrando amplia solidaridad, y jamás vecino alguno acudió al corregidor en busca de justicia. Cualquier incomprensión o mala voluntad contra alguien, se arreglaba ante los vecinos de mayor respeto, y la decisión dada por ellos, era definitiva e indiscutible. Por eso es que, cuando los fundadores y los pocos nativos que se avecindaron en la vasta hoyada de Chuquiago Marka, supieron que en Nuestra Señora de La Paz, desde hace algún tiempo atrás, se iban cometiendo fechorías, la reacción fue terrible. Supieron que en Coscochaca o puente del Cuzco, un viajero, después de haber sido desvalijado, fue degollado; que en Cañarcalle habían violado a la criada de una respetable casa; que en una mansión del barrio del Larckapata, habían decapitado a un forastero de Sapahaqui, apoderándose del dinero que llevaba para hacer compras. Entonces, pensaron que alguna cuadrilla de bandidos estaba haciendo de las suyas, tal como en Villa Imperial habían hecho "Los Doce Apóstoles" y "La Magdalena", no faltando quien opinara, sino serían estos malhechores los que llegaron a Nuestra Señora de La Paz. De todas maneras, voluntariamente y por turnos, los vecinos hacían batidas nocturnas, pero sin ninguna eficacia.

Mientras eso ocurría, un apuesto joven viudo y propietario de una pequeña abacería situada en La Riverilla, a quien lo conocían con el renombre de Juan el Lunarejo, por tener un lunar en la mejilla, andaba perdidamente enamorado de una donairosa cholita que vivía en la calle Landaveri. A Juan el Lunarejo, nada le importaban los crímenes ni atrocidades que se cometían e ignoraba o parecía ignorar, que peligroso era andar solo a altas horas de la noche; peligroso transitar por lugares solitarios; peligro llevar dinero; y hasta estar solo en la casa, era peligroso. ¿Qué le importaban los peligros, si ella era tan hermosa? Más, ¿Quién era ella? Una moza juncal y pimpante, de carita ovalada y ojos asesinos, con una cabellera más oscura que los malos pensamientos y con una boca que

hacía pensar, porqué había pecado Adán. Caminaba contoneándose, destacando sus anchas caderas en un movimiento de gata en celo. Senos túmidos y rotundos, batiéndose con un enloquecedor zarandeo. Más que mujer, parecía una deidad nacida para trastornar hasta a un monje; pero, era casada y tendría unos veinte años.

Juan el Lunarejo, llegó a saber que era mujer comprometida, cuando ya estaba metido en el fango hasta el cuello. Que estaba casada con un panadero que laboraba en un horno situado cerca al Tambo de Harinas, con quien había contraído matrimonio, apenas seis meses atrás. Pero, como estaba enamorado hasta las cachas, poco le importaba todo ello, y es por eso que, rondando a toda hora por la calle Landaveri, logró al fin conquistar a la hermosa joven, la que no siendo ajena a los requiebros de aquél, correspondió con toda pasión a ese adúltero amor.

Entonces, comenzaron las entrevistas a escondidas en los alrededores del Pueblo Nuevo, luego las visitas que la hermosa joven hacia a la abacería en la Riverilla, finalizando todo ello, con las citas que a altas horas de la noche tenían lugar en la propia morada de la cholita; que aprovechando la ausencia de su esposo que trabaja en la panadería, se entregaba rendida y enardecida de frenesí a Juan el Lunarejo, manchando el lecho nupcial. Noche a noche, ajena a todo cuanto ocurría, cómo se dejaba tocar su piel sedosa, sus prominentes y abultados senos y todas sus reconditeces, hasta que como loca de amor, se entregaba a su amante, apasionada. En tanto él, experto en caricias, cómo la exaltaba y excitaba. Jadeantes y rendidos, sintiendo el inexplicable desmayo de un amor prohibido al fin, comenzaba a aclarar el día y se separaban dichosos, prometiéndose otra cita en la noche.

Así trascurrieron tres meses; cuando a la madrugada de un día, como de costumbre Juan el Lunarejo abandonó

la habitación y se aprestaba para salir seguro por el viejo portón de la casona, sorpresivamente se encontró con el esposo engañado. Éste se hallaba acompañado de un individuo de aspecto estrafalario, mal vestido y enharinado. Al ver a Juan el Lunarejo, arrebujando y encubierto en una capa, quedaron pasmados, hasta que el esposo de la desleal cholita le pregunto:

-¿De dónde sale?

Juan el Lunarejo que conocía muy bien al esposo de su amante, lejos de responder y sin atinar a pronunciar alguna palabra, emprendió veloz carrera, perdiéndose en la primera esquina que encontró; pero, ambos menestrales, reconocieron que el que salió de repente, era Juan el Lunarejo, persona más conocida que la planta de la ruda de Nuestra Señora de La Paz, por borrachín y alborotador.

Cada uno de los panaderos se metió en su cuartucho, y sin más ni más, como solían hacerlo después de trasnochar en el horno, se tendieron en sus canastros, y al rato cada cual, dormía como un lirón.

Como a las diez de la mañana, se sintió en el vasto patio de la casona un gran escándalo, órdenes y contraordenes, ruido de albardas, voces fuertes, lloros, lamentos y ayes de dolor. Quienes estaban en el patio, eran las autoridades, que se habían hecho presentes para investigar el horrendo crimen y cuantioso robo cometido esa noche, en la morada de la dueña del caserón. Ella, había sido decapitada, y sus arcas se hallaban vacías. El alguacil mayor, registró toda la casa, aprendiendo a la mayoría de sus ocupantes, y entre estos, a los dos panaderos, que sometidos a un interrogatorio, lo único que manifestaron fue, que al rayar el alba, cuando se recogían, vieron salir a Juan el Lunarejo, que sin contestar a la pregunta que le hicieron, se largó precipitadamente.

Capturado Juan el Lunarejo e interrogado sobre el motivo de su visita a la casona donde ocurrió el crimen, no supo que responder, por lo que fue sometido a juicio por los delitos de asesinato y robo. Después de largos ocho meses, en que estuvo preso, se dictó la sentencia, siendo condenado a la pena capital; no solo por los delitos por lo que fue juzgado, sino por otros más, que fueron cometidos anteriormente en Nuestra Señora de La Paz. Señalado el día del ajusticiamiento, Juan el Lunarejo, debía ser conducido desde el Cabildo donde estaba preso hasta la Caja de Agua, sitio en que debería ser ejecutado.

Desde la amanecida de ese día, una gran cantidad de curiosos se concentró, no solo en la Caja de Agua, sino en todo lo largo del trayecto, y muy especialmente en la calle de la Cruz Verde, donde comenzaba el callejón de Cabra Cancha, y donde años más tarde, vivió don Pedro Domino Murillo.

En la calle de la Cruz Verde, estaba empotrado en la pared un Santo Cristo de tamaño natural. Tenía la mirada dirigida al cielo y sus ojos cegajosos y bañados en llanto, ¡qué aspecto tan desconsolado le daban!. Jamás, en la improvisada pena faltaban cirios, velas y velones, porque ese Dios del Gólgota, mancillado, vejado, escarnecido, coronado de espinas y clavado en una vasta cruz, humilde en toda su grandeza, aún parecía pedir perdón por sus verdugos, y por todos cuantos habitaban en Nuestra Señora de La Paz. Junto a ese Cristo, debía pasar Juan el Lunarejo.

Cuando la delicada claridad auroral se ocultaba tras las cúspides del perpetuo Illimani, Juan el Lunarejo acompañado por un sacerdote, subía penosamente por la calle de La Cruz Verde; pero en momentos en que pasaba por el sitio donde se encontraba el Santo Cristo, separándose del religioso, se arrodilló al pie de la cruz, implorando al Redentor, para que le salvara de morir en el

cadalso, puesto que era inocente de haber cometido los crímenes por los que fue sentenciado, tan perversamente.

Más, en ese instante, en que en medio del silencio sepulcral reinante, se escuchaba apenas el grito desgarrador del reo, clamando justicia, súbitamente, se desprendió la cabeza del Santo Cristo, rodando por el suelo.

-¡Milagro, milagro…! Pronunciaron los labios del religioso, que con los brazos abiertos y arrodillado, contemplaba azorado, el infinito.

-¡Milagro, milagro…! Repitieron los presentes, todos a una.

El alguacil mayor, se dirigió al Cabildo a todo correr y mientras los concurrentes pedían perdón para el acusado, se hizo presente el corregidor, ordenando la suspensión de la ejecución, por estar convencido frente a tal prodigio, de que Juan el Lunarejo era inocente.

Y mientras de torres y espadañas, volaban al espacio, las dulces voces de una centena de bronces, anunciando el portentoso suceso, el sacerdote que acompañaba al indultado, recogió la cabeza de El Crucificado y la volvió a colocar en su sitio, sin que se notara abertura alguna, ante el asombro de los circunstantes, que volvían a repetir:

-¡Milagro, milagro…!

ÁNIMAS Y DERRUMBES EN EL PRIMER TEMPLO

Rubén Ochoa

Antigua vía, principios del siglo XX
Fotografía: Archivo Roger Pastén

Nuestra Señora de La Paz, fundada en 1548 en el pueblo de Laja y asentada definitivamente en el Chuquiago Marka, iba prosperando y extendiéndose lentamente. Pues, hubieron corregidores como don Juan Antonio de Ulloa, que no obstante ser cacereño de origen, llegó a querer tanto al pueblo nuevo, que gracias a su iniciativa y energía se construyeron el hospital de San Lázaro de Buenaventura, bajo la advocación de San Juan Evangelista, la iglesia Matriz y el puente de San Francisco sobre el riachuelo de Apumalla, que fue el primero levantado por los hispanos; don Juan Ramón que inició la apertura de las calles; don Fernando de los Ríos que hizo edificar el templo de Santa Bárbara en la colina de daba acceso al valle de San Isidro de Potopoto, y don Juan Ignacio de Aranda, que emprendió la obra del Cabildo.

De modo que el año de 1559, Nuestra Señora de La Paz iba urbanizándose por diferentes zonas, bajo la dirección del alarife don Juan Gutiérrez Paniagua, debido al empeño y diligencia de sus corregidores, casi todos españoles, exceptuando a unos cuantos. Dichas autoridades que eran hombres de temple y animosos para el trabajo, jamás claudicaron ante el infortunio, nunca cedieron ante la adversidad, y por eso, ante las desventuras cotidianas, siguieron adelante. El levantamiento del teniente de milicias castellanas Hernández Girón, secundado por el desfachatado Carrillo y por más de cuatro bribones, que no vacilaron con entrar a saco en la población, obteniendo de tal manera, una cuantiosa contribución del vecindario, a los dos años de la fundación de Nuestra Señora de La

Paz; o cuando los vecinos de Pueblo Nuevo, tuvieron que ir en socorro de los moradores de La Plata, que eran víctimas del alzamiento de los autóctonos de aquellos lugares; en realidad, eran sucesos que hubieran acobardado a otros, para continuar con las obras de progreso emprendidas. Pero esas autoridades y los fundadores, refractarios a la decadencia o ruina de la ciudad, sabían que era debilidad cruzarse de brazos, no seguir adelante, sucumbir en medio camino, y hasta desalentarse, y sabiendo todo eso, avanzaron, medraron y progresaron.

Mas, cuando al amanecer de cada día que se esfumaba como sus propias ilusiones, se acordaban que habían venido del otro lado de los mares, cruzando los océanos para tramontar los picos de los Andes, al contemplar el inmaculado y blanco manto que cabría la vasta cima del Illimani, cómo añoraban sus lejanos hogares; y al observar el valle del Choqueyapu, donde se hallaban, ¡qué recuerdos, qué añoranzas y remembranzas!. Estaban tan lejos, en tierras remotas, respirando otros aires, sintiendo otras brisas, otros vientos, vislumbrando en el indescifrable firmamento de la majestad del Mallku, que como advertido de la vitanda presencia del conquistador ibero, remontaba más y más el azul turquí del empíreo, hasta perderse en los abruptos cerrajones andinos. Entonces, la nostalgia hacía preso de ellos y les desgarraba el alma, por lo que como un calmante a su dolor, susurraban férvidas oraciones, que caían como un alivio a sus tristezas. Devotos como eran, oraban sin cesar a los santos de su religiosidad, pidiendo ayuda, y para hacerlo con más devoción, comenzaron a construir templos.

Es así, como el 20 de noviembre de 1548, sólo a treinta días de la fundación de la ciudad, todo el vecindario de Nuestra Señora de La Paz, presenciaba la colocación de la piedra fundamental del templo de San Pedro, en la planicie de Churupampa. Tal iglesia, cuya edificación comenzó el 19 de agosto de 1552, cuando Nuestra Señora

de La Paz en lo eclesiástico dependía de la silla episcopal de La Plata o Charcas, que fue creada recientemente, llevaba el nombre de San Pedro, seguramente como un homenaje del Cabildo al Presidente de la Audiencia de Lima don Pedro de la Gasca, que fue el que mando a fundar la ciudad. El edificio se levantó en un erial, que no era otra cosa que un Chullperio indígena, poblado de las sepulturas de los antepasados de los aymaras, que resguardados con celo por cercos de espinos y setos de Ckehuayllus, abundaban en Supfucachi, Potopoto y en los lugares próximos a Nuestra Señora de La Paz. También en ese Chullperio que llegaba hasta el río, habían sido enterrados sin confesión muchos españoles, muertos en las primeras disputas civiles.

La edificación se levantaba paulatinamente, en medio de un extenso cementerio de las épocas presolares, donde los Chullpa Tullus blanqueaban en su sueño milenario, y conforme sostenían los naturales del lugar, la construcción del templo de San Pedro en tal sitio sagrado, interrumpía el descanso de quienes, aunque muertos, seguían viviendo en este mundo en el Hurin Pacha o Jatun Mama, la madre grande, la tierra, en tanto que sus espíritus vagaban en Janac Pacha, la tierra de arriba, el tiempo astral. Añadían los Cañaris que a esa profanación, se debían los misteriosos e inexplicables sucesos, que ocurrían casi a diario, y que eran vistos y oídos, tanto de día, como a altas horas de la noche.

Decían que, cuando una tarde, al filo del ocaso, varios campesinos llegados de Mokollana enterraban un cadáver, de repente, detrás de uno de los muros del templo en construcción, escucharon un vocerío, una fuerte bulla, voces ruidosas que discutían, vozarrones que reñían. Cuando algunos se aproximaron al sitio, pudieron apreciar pasmados, como varios españoles vestidos con jubones y calzas, se batían armados con sus espadas, en un duelo a muerte. Al punto, fueron a dar noticia a los demás, pero

cuando se reunieron todos los campesinos, advirtieron que en aquel lugar no había nadie y solo reinaba el silencio, por lo que huyeron del lugar despavoridos, sin cumplir con los ritos de costumbre.

En otra oportunidad, a plena luz del día, en el interior del templo en construcción casi todos los obreros que trabajaban vieron como a un maestro albañil, que caminaba por un andamio colocado en lo alto de un muro, lo empujó un desconocido, vestido con un chapeo con pluma y cintillo y ancha capa negra; hecho lo cual, desapareció misteriosamente, mientras entre el desbarajuste reinante en el coro también en construcción, escucharon una diabólica carcajada que los heló de espanto. El albañil restablecido, más del susto que paso que de las lesiones sufridas, porque por suerte había caído encima de un montón de paja brava, refirió a los circunstantes que el que le dio el empujón, tenía por rostro una calavera, con los cuencos vacíos y terriblemente horrorosa.

Finalmente, antes de que concluyera la construcción del templo, los miembros del Cabildo y el Provisor, recibieron dos campanas que debían ser colocadas en la torre; pero como la iglesia aún estaba inconclusa, fueron depositadas a la intemperie, cerca de la portada. Mas, una anoche tenebrosa, en que el sordo rumor de las aguas del Choqueyapu, dominaba todo el ámbito de Nuestra Señora de La Paz, junto al bramido del viento que iracundo batía las enramadas de los molles que crecían en las hondonadas, y el mezquino ramaje de las Kantutas y Kollis que se erguían en las cumbres, y cuando el sereno anunciaba la media noche; repentinamente, todo el vecindario, escucho un melancólico y breve campaneo en el templo en construcción. Los moradores salieron de sus casas, tomaron la dirección de la iglesia y llegando, en medio de la palidez de los destellos del astro de la noche, que escasamente asonaba por un vació del nuboso cielo,

contemplaron absortos que las dos campanas seguían junto a la portada, mientras la torre continuaba trunca. Nadie atinaba a explicarse, todos quedaron estupefactos, y entre el silencio que produjo ese suceso extraño y asombroso, los vecinos se alejaron como estampida, apareciendo luego en sus hogares.

Y mientras el templo seguía levantándose, cotidianamente, los vecinos eran mudos espectadores de acontecimientos espeluznantes que pasaban fugitivos como un latido; veían macabras procesiones de fantasmas u oían en las noches quejidos lastimeros, aterradores alaridos, ayes de dolor o endemoniadas carcajadas. A partir del ocaso o desde la anochecida, ninguno caminaba, y hasta los serenos se cuidaban de acercarse al templo, a sus inmediaciones. El terror y nada más que el terror, hacía que los vecinos, serenos y forasteros, huyeran despavoridos de aquella casa de Dios; el terror y nada más que el terror hacia los aparecidos, obligaba a propios y extraños a caminar con pies de plomo por los alrededores del templo; y el terror y nada más que el terror, obligaba a los devotos a tornarse en irreligiosos.

Es entonces que el Corregidor y Justicia Mayor, que era la autoridad suprema en las cuestiones temporales, aprovechó la ocasión para intervenir en los asuntos espirituales, disponiendo que el escribano hiciera pregonar una severa orden. Consistía ella, en administrar de 50 a 100 azotes a toda persona que divulgara noticias referentes a las ánimas del Purgatorio que andaban por el templo de San Pedro o lugares adyacentes. Y esa pena de azotes, fue aplicada sin misericordia a muchos forasteros, quienes eran conducidos desde su prisión al rollo, con el guardamigo o pie de amigo colocado debajo de la barda, para que levantaran la cabeza y pudieran vérseles el rostro. Llegados al rollo, se les ataba a él por las muñecas, con los brazos en alto, y en seguida, el verdugo que era generalmente un esclavo negro libre, descargaba

los golpes sobre las espaldas desnudas, con un mango provisto de tres lonjas de cuero. Cumplida la pena del penado, éste era conducido en unas parihuelas, con el dorso sangrante, hasta la prisión. Eficaz fue la medida y en Nuestra Señora de La Paz nadie más se ocupó de aparecidos, aunque los viera.

Pero, al fin en 1559, fue concluida la construcción del templo. Tenía un frontis pequeño de piedra granito, portón de madera cedrina, torre chata con dos campanas, todo rodeado por arquerías de barro, como formando un patio, en cuyo centro se alzaba una cruz de piedra, descansando sobre una peana de adobes. Era de una sola nave, con muros de adobes, sobre los que estaban apoyados varios altares, y en el altar mayor, la réplica de la Virgen del Pilar de Zaragoza, obsequiada por el Rey de España y Emperador de Alemania Carlos V, que durante los dos últimos años de su vida y luego de abdicar, se retiró al monasterio de San Jerónimo de Yuste, de la provincia de Cáceres de España. El piso era de tierra apisonada y las paredes blanqueadas con cal.

Su estreno tuvo lugar el 20 de octubre del mismo año, y a las once de la mañana de ese día que amaneció con el cielo sereno, no había una sola nube en el insondable infinito, teñido de un azul celeste. En la lejanía del espacio transparente, se divisaban las nítidas cumbres del imponente y sempiterno Illimani, que cubiertas con su manto blanco nevoso, destacaban sus cimas densas. En las alturas contiguas que rodeaban la hondonada del Chuquiago Marka, se divisaban una suerte de recintos fortificados con alminares, ahora torres con chapiteles, ahora obeliscos, rematando en una especie de agujas lanceadas; y eran, seguramente, restos de alguna dislocadura o asentamiento telúrico milenario, que adquirían todo el aspecto de una ciudad pétrea, sumida en el sueño perpetuo.

Cuando la luz cenital anunciaba el mediodía, la misa mayor que comenzó rato antes, aún continuaba, porque el sacerdote oferente del sacrificio del altar, que era el bachiller don Juan Rodríguez, natural de Salamanca, continuaba bautizando a los neófitos adultos y a sus vástagos sin tregua, extrañando que en la nave, no estuvieran varios de los principales vecinos. Sorprendido el religioso por tal comportamiento, haciendo gala de su energía militar como lo demostró al combatir en Huarina contra el insurrecto Gonzalo Pizarro, al lado del obispo Solano, que era su pariente; dispuso que el Cabildo, diera cumplimiento al bando, que días antes se publicó. En efecto, una ronda de alguaciles, aprendió a muchos vecinos que no asistieron a la misa, conduciéndolos a la cárcel pública, donde debían permanecer presos el resto del día, además de pagar 50 pesos de oro como multa y 4 reales de plata al alguacil que los prendió. Medida tan severa, el mismo día del estreno del templo, causó airadas protestas en el vecindario, y extrañeza y recelo en los recién bautizados, por lo que estos últimos, regían asistir a las funciones religiosas, evitando acercarse a la iglesia.

Es desde entonces que el templo de San Pedro, quedó casi abandonado, hasta el extremo de que cuando falleció don Juan Antonio de Ulloa, que fue el sexto Corregidor de Nuestra Señora de La Paz, a su entierro que fue en el atrio, exceptuando a los del Cabildo, fueron muy pocos los que concurrieron, difundiéndose, una noticia terrible entre los vecinos y comarcanos. Pues decían que durante el día, muchos lo habían visto a don Juan Antonio de Ulloa, paseándose por el atrio o parado junto a la cruz de piedra del templo, en actitud bastante inquieta, con el rostro desconsolado. Y todo esto tal vez era cierto, porque una tarde, cuando varios vecinos tomaban el sol, apoyados en las arquerías del templo, uno de ellos al dirigir la mirada al atrio, vio a un hidalgo parecido a don Juan Antonio de Ulloa. Les comunicó a los demás, y entre todos, evidentemente, vieron al castellano. Al punto que uno

de los valentones, tocándose el cinto donde llevaba un pistolete, ordenó a sus compañeros:

-Aprendemos a ese sinvergüenza... y sabremos quién es...

Todos juntos se dirigieron al portón del templo, capitaneados por el perdonavidas, mientras en la nave vieron a aquel hombre o aparecido, dirigiéndose a la sacristía, llegado a cuya puerta, empujándola penetro. El grupo de vecinos entro a la nave, y junto al umbral de la sacristía, el fanfarrón sacó el pistolete:

-Abran la puerta... cobardes... les riñó, viéndolos darse diente con diente.

Como ninguno le hizo caso, el valentón, agarrando el pistolete con la diestra, de un puntapié abrió la puerta, y pronto al disparar el arma, entro seguido de sus acompañantes, pero ahí, dentro de la sacristía, no había nadie... Palideciendo de horror y con la expresión desencajada, se lanzaron bruscamente hacia la salida, de estampida, como caballos desembocados, empujándose y lanzando alaridos, encabezados por el presuntuoso del pistolete.

Los iberos fanáticos, intolerantes y hasta de cabeza exaltada, teniendo como divisa el estandarte con la cruz, y en cuyas venas corría sangre de don Pelayo, ese notable visigodo que siglos atrás juntamente con sus compañeros, se refugió en la cueva de Covadonga, en las escabrosas tierra de Austria, bajo la protección de Santa María; no era extraño, que gazmoños y mojigatos como eran, vieran por todas partes, el producto de su fantasía. Entonces, encontrase con fantasmas, espectros animas en pena, no era nada raro; en cualquier parte y a toda hora, los veían como fruto de su imaginación. Y esa alucinación, engaño y ofuscamiento de los fundadores y vecinos de Nuestra Señora de La Paz, hizo presa fácil entre los autóctonos

ignaros, con los que diario estaban en contacto.

Si Dios está en medio de todos los que le imploran, de los que le imploran de verdad, cuán lejos estaba de los españoles, fanatizados y santurrones, que así, daban una prueba de su falsedad, apartando de esta manera de la religión a todos los nativos que eran catequizados. Entonces, clérigos y frailes, se desperdigaron por todos los chociles, ranchos y cabañas, llevando la palabra de Dios, para hacer que los que se descarriaban, volvieran al redil; y para dar una prueba de su fervoroso catequismo ejercitado por mucho tiempo, llamaron a todos, para asistir a la misa mayor que debía celebrarse el 21 de enero de 1618.

Esta mañana a las once, el cielo se presentaba anubarrado, de aspecto plúmbeo; sin embargo de lo cual, la nave del templo se hallaba repleto. El sacerdote, revestido con los ornamentos sagrados, llevaba inmaculada alba, casulla, cíngulo y manipulo, y en momentos en que solemne leía las primeras palabras del preludio, de repente, se escuchó un leve crujido en la techumbre del templo. Azorados los fieles, levantaron la mirada arriba, pero al punto, vieron cómo se abrían profundas grietas en el muro izquierdo del templo, que abombándose, amenazaba con desplomarse. El religioso despavorido, abandonando el altar mayor, fue el primero en intentar huir, pero la multitud de creyentes, se lo impidió. La grieta asordaba, la confusión era aterradora, y mientras todos querían escapar al mismo tiempo, la pared amenazante se derribó con un ruido seco, aplastando a gran cantidad de concurrentes, mientras la polvareda que se levantó, lo cubría todo, haciendo aún más terrible el cuadro. El religioso que oficiaba, logró salir juntamente con numerosos fieles, dirigiéndose todos a las inmediaciones del templo, donde el sacerdote improvisó una misa de acción de gracias.

Mientras lo que antes fue el templo, quedaba convertido en un montón de escombros, quienes lograron salvarse de la catástrofe, comentaban a su manera lo ocurrido. Éstos, que eran los oriundos, inculpaban a los españoles, por haber construido una iglesia en medio del chullperio, que era un lugar sagrado para ellos, por contener los sepulcros de sus antepasados; aquellos que eran los hispanos incriminaban a las autoridades, por haber permitido que en ese chullperio, hubiesen sido enterrados sus compatricios sin confesión, por haber muerto en las primeras luchas civiles, mezclándose sus sagrados huesos, con los de los nativos; los más aferrados a la opinión del religioso que por milagro estaba aún vivo, declaraban que el desastre ocurrió, porque el templo no fue edificado bajo la advocación de San Pedro, guardián del cielo, sino, como un homenaje a don Pedro de la Gasca, Presidente de la Real Audiencia de Lima, quien ordenó a don Alonso de Mendoza, fundar la ciudad de Nuestra Señora de La Paz, en entonces que los reunidos acordándose que el día anterior, estaba consagrado a San Sebastián, que fue muerto en Roma, resolvieron que el titular de la iglesia fuera él, edificándose al poco tiempo, y en otro sitio, el templo de San Sebastián.

Mas el templo de San Sebastián, no solo sufrió ese asolamiento, sino otros más: en 1781, cuando se produjo el sitio de La Paz acaudillado por Tupaj Katari, fue incendiado; reedificado, se incendió otra vez el 27 de mayo de 1875, quedando totalmente destruido; reconstruido nuevamente, el 21 de agosto de 1888 sufrió otro siniestro, en que la Virgen del Pilar de Zaragoza, obsequiada por el Rey de España y emperador de Alemania Carlos V, y conocida ya, como la Virgen de la Asunción, se salvó del incendio, porque precisamente la cúpula del altar mayor donde se encontraba se desmorono encima, protegiéndola.

Tal a vuela pluma, la relacionada con la iglesia de San Sebastián enclavada en la exigua llama de Churupampa,

desde donde la pequeña efigie de Nuestra Señora de la Asunción, de prístina belleza, afianzaba en su peana, ha olvidado, animado y reconfortado, a quienes han acudido a invocarla, pero, a invocarla de verdad.

LA DESAPARICIÓN DE HANCKKO HANCKKO

Rubén Ochoa

Antiguo mercado, comienzos del siglo XX
Fotografía: Archivo Roger Pastén

Aquella tarde del 2 de abril de 1582, cuando apenas transcurrían 34 años en que en el valle de Choqueyapu se asentaron los cimientos del Pueblo Nuevo o Nuestra Señora de La Paz, como una remembranza a la pacificación del Alto Perú, los pocos moradores de la pequeña población que no alcanzaban a 200 españoles, abochornados por el fuerte solazo que caía a plomo, hallándose amodorrados. Mientras unos dormían la siesta en los cuartuchos de sus casas construidas de un solo piso, con paredes de tierra amasada, techos de paja y las puertas de cuero; otros dirigían las edificaciones de sus viviendas en los solares que les fueron asignados; éstos ayudaban a descargar los maderos traídos de los valles de Zongo, Challana, Simaco y Chapaca, para concluir las construcciones de sus residencias; aquéllos arrimados o sentados encima de los resaltos de la PIEDRA DE LA PACIENCIA, a orillas del rumoroso Choqueyapu de aguas cristalinas, contemplaban maravillados, la siempre blanca y limpia manta del Illimani; pero todos estos fundadores de Nuestra Señora de La Paz, sentían la pena de estar ausentes del hogar paterno.

Mas, al filo de la puesta del sol, la claridad de la víspera iba diluyéndose despaciosamente en las oquedades de las barranquerías convecinas, en tanto que en lo alto de ese cielo, siempre sereno y calmo, una que otra nube arrebolaba por los postreros rayos de la ANTAHUARA, semejaba un vellón albido, teñido con sangre. La claridad de la tarde, iba ya confundiéndose con las sombras de la noche, y los cerros contiguos al poblado, iban desdibujándose, recibiendo los moribundos destellos del

sol, que agonizante, daba paso al centellar de las miradas de estrellas. El ámbito de la población fue invadido por el indomable murmullo del Choqueyapu, cuyas cristalinas aguas estrellándose con los cantos robados, producían un ruido aterrador, mientras el viento bramaba en la fronda de los molles, confundiéndose con el chirrido de los grillos que escapaban desde debajo de las piedras, y con el pesado croar que partían de los charcos.

La plaza Mayor, en cuyas cuatro esquinas habían sido encendidas las MECHACHUAS, cuya luz vacilante, apenas iluminaba en escaso trecho, se hallaba silencioso, no oyéndose otra cosa, que una especie de leve ruido, producido por las aguas de la pila de berenguela, que cían de taza en taza, entonado su eterno estribillo. Ostentando sus arcadas con trece arcos de piedra labrada en el piso bajo, y una especie de arquería con 17 arcos pétreos más pequeños encima, formando un largo corredor con balcones de madera, se hallaba al Oeste de la plaza Mayor, el Cabildo, más conocido como la Casa Pretorial por los vecinos. Construido en 1558 por el licenciado don Juna Ignacio de Aranda cuando ejercía el cargo de Corregidor y Justicia Mayor, era un edificio austero de rígidos trazos, en cuyo segundo patio, existían húmedos y sombríos subterráneos conocidos como Santa Barbará, donde estaba depositada la pólvora; el Infiernillo, en que permanecían los más terribles criminales y; San Simón, destinado a los presos de cierta consideración. Lindante con el Cabildo, se lazaba la Catedral, cuya construcción quedó concluida en 1559, y que edificaba conforme al diseño del alarife don Juan Gutiérrez Paniagua, fue puesta bajo la advocación del apóstol San Pedro de la Gasca, que dispuso su fundación en su calidad de Presidente de la Real Audiencia de Lima y "Pacificador" del Perú. Circuyendo la plaza Mayor, se levantaba al Sur el convento de los jesuitas, al Este el cuartel de las milicias, mientras al Norte, quedaban unos solares, para que los vecinos construyeran sus moradas.

Mientras los serenos continuaban colocando las mechachuas en la calle REAL, en la calle de LOS MOLINOS, en CHAPI calle, SUPAYCALLE y en los callejones CHAMOCO y CHIRISCO, lo mismo que en los atrios de los conventos de San Francisco, fundado por fray Francisco de los Ángeles en 1549 y en el de San Agustín fundado 1563 por fray Andrés de Santa María, un poco más debajo de San Francisco, en el solar cedido por don Juan de Rivas y su esposa doña Lucrecia Sansoles de Rivas; el puente sobre el riachuelo de Apumalla que comunicaba San Francisco con las calles CHIRINOS y MERCADERES, y las calles de Apumalla, UTURUNCU, la calle ANCHA, el puente COSCOCHACA, el lugar de GUAÑA PILA y los demás barrios alejados de la plaza Mayor, quedaban sumidos en la obscuridad y el silencio. Sin embargo, en la calle de CONTIHUYO, se escuchaban ruidosas carcajadas, tocar de laúdes y resonantes voces que cantando un fado, terminaban en adoloridos sollozos, en tanto que en la sombra de CAÑARCALLE, se oía el lastimero quejido de una QUENA, soplada por algún cañarí. Más cuando un silencio extraño y pesado como el plomo, invadió el ámbito del poblado, en ese lapso de melancolía, se escuchó el toque de queda, que era el anuncio dado por la campana del Cabildo, para que todos se recogieran a sus hogares. Ya nadie caminaba, cesaron las cantilenas, se fugaron las carcajadas y la quena quedó callada, escuchándose al rato, sólo la voz ruidosa de los serenos, que con su acostumbrado vozarrón, anunciaban:

-¡Ave María Purísima! ¡Las diez han dado, y nublado…! -mientras que a la incierta luz de sus faroles, caminando con inseguros andares, como arrastrando los pies, cogidos de sus bastones con casquillos de hierro, golpeaban las losas de la calle, noticiando el estado del tiempo, y advirtiendo que todos debían estar en sus domicilios. Entretanto el eco de las broncas voces, se perdían en las moradas, no se oía absolutamente nada, mientras de rato en rato, en los parajes situados en las cimas de las lomas y montículos

de aquel terreno barrancoso, se escuchaban blandos mugidos y desesperados balidos de algún cordero joven.

Cuando al cabo de un rato, se escuchaba otra vez, el aviso del sereno que rondaba por la plaza Mayor, anunciando:

-¡Ave María Purísima! -¡Las doce han dado y lloviznando…!

De repente se escuchó, como un estallido, como un ruidoso tronido, cuya resonancia repercutió en todo el ámbito de Nuestra Señora de La Paz y en sus aledaños, estremeció las casas, despertando con sobresalto a los vecinos, que sin saber qué es lo que ocurría, salieron a los patios, calles y plazas. Afuera, una suave llovizna pero duradera se cernía leve y calladamente, y caló hasta los huesos a todos los que iban reuniéndose en la plaza Mayor, por lo que debajo del pórtico del Cabildo, empezaron a aparecer capas de seda, felpa y veludillo, y casacas de calzas de paño, entremezclándose con ellas, ponchos y LLICLLAS multicolores. Es que allí, se habían congregado, españoles y nativos: aquellos dejando sus viviendas, y éstos abandonando sus chozas; de manera que el pórtico se convirtió en un hervidero de gente, donde unos a otros se preguntaban, qué es lo que había ocurrido; suponiendo los hispanos tratábase de algún terremoto, en tanto que los autóctonos, no atinaban ni a conjeturar, presos de una pánica desesperación. Mas, entre el caos reinante entre unos y otros, todos ignoraban que esa noche había desparecido HANCKKO HANCKKO.

Hanckko Hanckko, situado al Sudeste de Nuestra Señora de La Paz, en la región de LLOJETA y en CKENCKO, se extendía desde la Ceja de El Alto hasta Sopocachi Alto, y era un caserío que tenía el rango de pueblo, con una población de 2.000 habitantes, casi todos oriundos del lugar.

El bilbaíno don Juan de Rivas y su esposa doña Lucrecia Sansoles, que recibieron la encomienda de Hanckko Hanckko y el repartimiento de Viacha, este último, por mitad con doña Francisca de Cabrera, fueron quienes dada su devoción, practicaron todas las virtudes. No solo cedieron un solar para la edificación del convento de los agustinos por fray Antonio de Santa María en 1563, sino que aprovecharon el fervor y misericordia del fray Francisco Alcocer, hicieron fundar con él la parroquia de Hanckko Hanckko, donde construyeron una capilla, en la que se veneraba la imagen de la Purísima Concepción.

Hanckko Hanckko, era una sórdida aldea, enclavada en medio de rodados de cortezas volcánicas y terreno aluvial, con casuchas desperdigadas en una vasta área de tierra deleznable. La mayoría de sus moradores eran paganos y de conducta licenciosa, dominadas por el exceso de la bebida y la comida, que cuando sentían los acosos del hambre, no vacilaban en robar a los caminantes que pasaban por aquellas comarcas; ladrones incorregibles, saqueadores obstinados, de vida ociosa y de mala fe, jamás se condolían del sufrimiento ajeno, nunca abrigaban una esperanza y desconocían el amor de Dios y del prójimo. Es por ellos que don Juan de Rivas y doña Lucrecia Sansoles, encomenderos de Hanckko Hanckko, hicieron edificar una capilla, haciéndose cargo de ella los sacerdotes agustinos, Agustín de Santa Mónica, primero, y después fray Baltazar de Contreras, quienes desplegaron todos sus esfuerzos, procurando que los extraviados volvieran al redil. Mas, todo fue inútil.

Propios y extraños, conocían las costumbres de los vecinos de Hanckko Hanckko, y debido a ello, los que del Cuzco y Lima iban a Potosí y Charcas, jamás se aproximaban, y más bien, torcían su camino. Otro tanto hacían los comarcanos de San Isidro de Potopoto, San Agustín de Viacha, Huarina, Laja y otros poblados.

Hanckko Hanckko, se convirtió entonces en una especie de guarida de sus propios habitantes, donde como confinados, sin más credo que sus sentimientos abyectos, sin más religión que su propia idolatría, llevaban una vida azarosa, sin que el sacerdote que asistía la parroquia, pudiera hacer algo por los descreídos; hasta que en esa aldehuela de incrédulos desvergonzados, ocurrió lo que nadie pensaba.

Pues, cuando los últimos rayos del sol de esa aciaga tarde del 2 de abril de 1582 caían de soslayo sobre las blanquecinas alturas de Llojeta, el párroco se hallaba orando en la capilla de Hanckko Hanckko, con un fervor que más que humano parecía divino, mientras fuera del recinto, todo era sosiego y serenidad. En cielo nubloso con una atmosfera diáfana, semejaba una cúpula de aspecto plúmbeo; más, ni un ave que cruzara los aires dirigiéndose a su nidal de los cerrajones fronteros, ni el ulular del viento en aquel ventorrero. Todo era silencio, un mutismo aterrador. Y aquel espectáculo horroroso, en esa claridad vesperal doliente, algo presagiaba.

En momentos en que el sacerdote traspasaba el umbral de la capilla, se le acercó el sacristán y le cuchicheó algo. Al rato, ambos, guiados por un hombrecito de espalda encorvada por la edad y de rostro macilento, caminaban por una vereda perdida entre el barranquerío. Pasaron por un apacheta, cruzaron ríspidos farallones, campos de secano y tierras baldías, sin que el trayecto encontraran ser viviente alguno; parecía que la soledad y la tristeza hermanadas, hubieran sido las únicas compañeras del cura párroco de alma piadosa. Pero al fin, cuando el anochecer llegaba callado y melancólico, el lejano ladrido de un perro, destrozó el silencio.

-¿Ya estamos cerca? -inquirió, el religioso.

- Sí, a la vuelta no más ya es... -respondió el anciano.

Continuaron la marcha hasta cerca a la media noche, y llegados a una abra, escucharon un leve gruñido, sin matices de sobresalto, presentándose en el acto un perro chascudo y esquelético, de cabeza larga y angulosa, que olisqueando el aire, comenzó a dar brincos, yendo y viniendo impaciente, hasta que colocándose delante de ellos, salió de repente, perdiéndose en la oscuridad. Al rato, el anciano se detuvo frente a una pequeña choza, escudriñando el interior y, adelantándose a sus acompañantes, penetró. Ahí adentro, encima de una cama, se hallaba yacente, con la cabeza recostada en su pecho, una anciana muriente y alrededor de ella, en cuchillas, varios emponchados de caras morenas, que alumbrados por la resplandeciente luz de un mechero, semejaban elfos o trasgos, reunidos en un conciliábulo de duendes, produciendo una visión fantasmagórica.

Puesto de rodillas el religioso, le administro los sacramentos de la extremaunción, y cuando la agonizante cerrando los ojos para siempre; ¡Santo Dios!, un lejano fragor, como causando por mil tronidos sincronizados, hizo temblar los cimientos de la choza, sacudiendo su techumbre. Todos quedaron pasmados, porque sintiendo que la tierra parecía agitarse, pensaron que un violento terremoto iba a dar fin con todo. La resonancia semejaba, ora repercutir en los lejanos cerros y picachos andinos, ora en la bóveda del cielo, dando la impresión de que el suelo se hundía. Después, no se escuchó ya nada. Silencio afuera, silencio en el cielo, silencio en todas partes, y dentro de la choza, silencio también. Recuperado el párroco de su turbación, acompañado del sacristán, abandonó el sitio, encaminándose con dirección a su curato. Atravesaron, desandando las tierras solitarias, estrechos y escabrosos vericuetos, cuestas pinas y cauces resecos, hasta que al fin llegaron a una apacheta, de donde de un tirón, llegarían a Hanckko Hanckko. Mas, cuando quisieron seguir su marcha, al paso cansado de antes, se dieron cuenta que había desaparecido el camino, y entonces, hablando

perplejamente, vacilaron y después se asentaron al pie de la apacheta, abismados en una gran confusión. Observaron en todas dimensiones, haciendo su vista más aguda, pero lo único que veían, era la noche por todas partes. No vislumbraban absolutamente nada, y el cielo nublado, tampoco daba paso al centellar de las miríadas de estrellas, evitando más bien su relucir; pero en ese momento escucharon un gemido, que les desgarró el alma. Era el sollozo de una chiquilla que con un atado de leña, hablando con inercia y con voz ronca a causa del miedo terebrante, refirió que una hermosa señora, parecida a la Purísima Concepción que se veneraba en la capilla, la había llevado hasta ahí, encargándole la esperara, y que por eso la aguardaba. El sacerdote al escuchar el relato, postrándose de hinojos, con la mirada al infinito, elevó una ferviente oración. Después, entre la obscuridad y el silencio, la tristeza invadió el silencio al espíritu del párroco, hasta que agotado por el cansancio y la intranquilidad, pernoctó en aquel sitio.

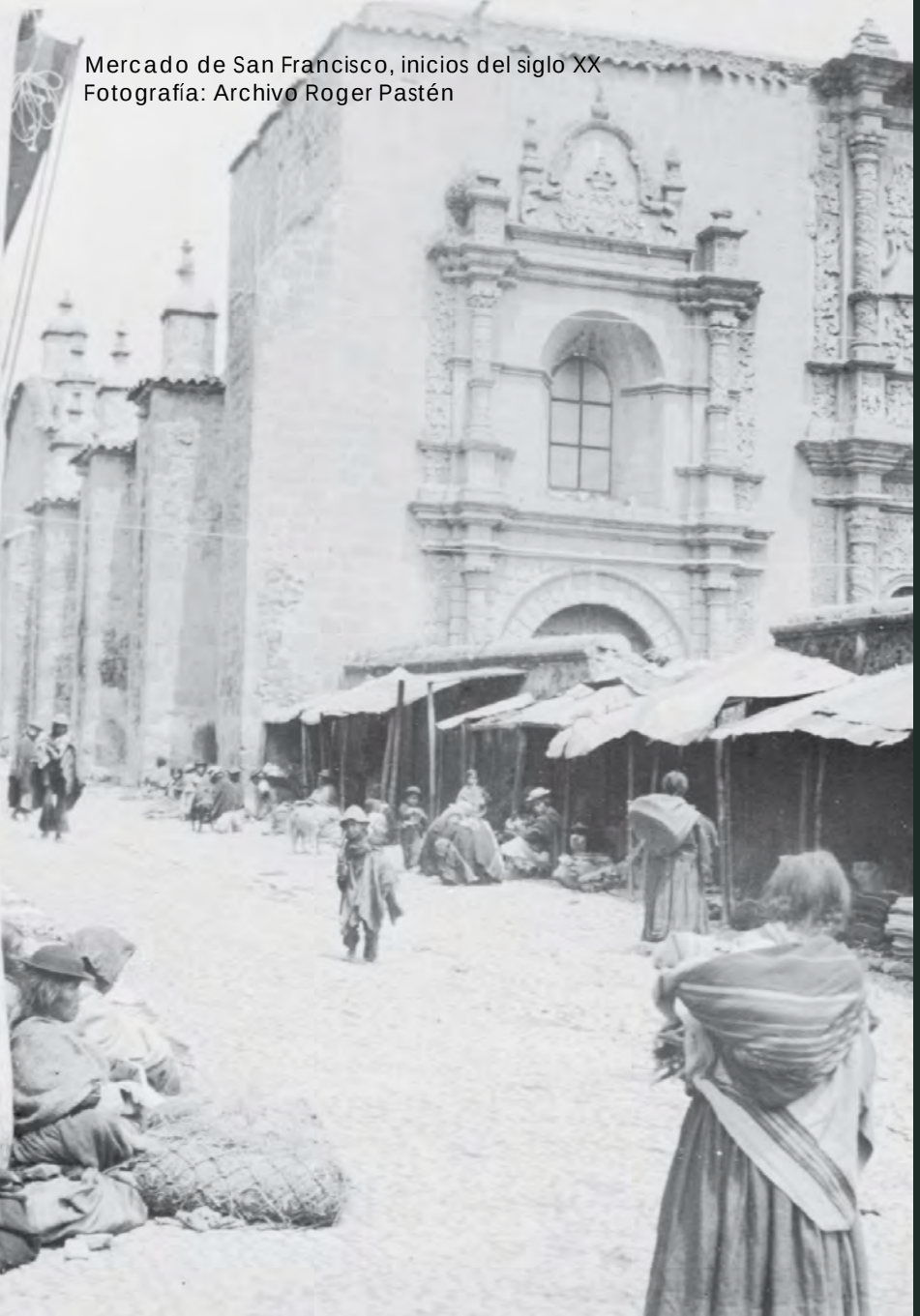
Al amanecer del otro día, bajo un cielo rutilante de arreboles, los dos caminantes quedaron pasmados, al contemplar aquel espectáculo espantoso y apocalíptico. Espectaban un campo terregoso, teñido de un matiz blanquecino casi rosado, que debido a las sombras producidas por los resplandores de los rayos solares, que ampliaban la magnitud del cuadro, presentaban extravagantes formas. Ya eran colosales terrones deformes, aparentando momias desenterradas, gigantescas, gnomos y demonios en actitudes lúbricas, almenas, minaretes y barbacanas desmoronados violentamente. ¡Qué cuadro más espantoso, que visión aterradora…!

Ahí, debajo de esa tierra, apeñuscada, amontonada, en medio de un silencio sepulcral, yacía por toda una eternidad, el caserío de Hanckko Hanckko con sus 2.000 almas, sorprendidas en el silencio de la noche y en la soledad de sus costumbres. Hanckko Hanckko, reposaba

para siempre, sumida en el abismo, en esa tierra olvidada, por los siglos de los siglos, debido a un asentamiento terrino, que no era el primero ni iba a ser el último.

UN CASO DE CANIBALISMO

Rubén Ochoa



Mercado de San Francisco, inicios del siglo XX
Fotografía: Archivo Roger Pastén

Aquel nublado día del 13 de marzo de 1781, cuando la luz auroral iluminaba delicadamente a la hoyada donde estaba enclavada Nuestra Señora de La Paz, de repente cuando la niebla se disipó al impulso de la ventolera que sopló de Río Abajo, los iberos y nativos de Pueblo Nuevo, quedaron pasmados al contemplar los pequeños cerros que rodeaban la hondonada.

Pues, en las alturas y en todo el alrededor de la ciudad, vieron un hormigueo de gente, oyendo también de rato en rato, el sonido de miles de PHUTHUTUS que vibrantes, lanzaban su reto a los moradores, mientras miles de nativos, se descolgaban de la Ceja de El Alto, con dirección a Nuestra Señora de La Paz. Los españoles intuían de qué se trataba, porque se hallaban compenetrados, de cómo y por qué, el 18 de mayo de 1780 en el Cuzco fue descuartizado Tupaj Amaru, y cómo el 9 de enero de 1781, fue muerto Tomás Catari en la cuesta de Chataquilla. Entonces, no les quedó otro remedio que armarse de valor, para hacer frente al enemigo que tenían a la vista. Levantaron muros endebles alrededor del Pueblo Nuevo, como un medio de defensa; trasladaron del subterráneo de Santa Bárbara del Cabildo, todos los pertrechos que disponían, a los sitios más expuestos e inseguros, y ante todo, resolvieron proveerse de abundante cantidad de víveres.

Si bien durante el día, tenían libertad para reunirse y ponerse de acuerdo para resistir a los atacantes; en cambio, en las noches al contemplar en las cumbres,

millares de fogatas y oír el resonar de las caracolas que anunciaban una guerra a muerte, no sabían qué partido tomar. En todas las mansiones no se sentían otra cosa que desgarradores gemidos, llantos, lamentos y ayees de dolor de mujeres y niños, que arrodillados a los pies de sus santos patronos y vírgenes, clamaban al cielo.

Entretanto los sublevados, decididos a acabar con las expoliaciones y vejámenes de los conquistadores, resueltos a jugarse el todo por el todo, atacaban Nuestra Señora de La Paz a toda hora, con ondas, garrotes, lanzas, puñales y con cuanta arma estaba a su alcance. Los improvisados hospitales se hallaban llenos de heridos y faltaban los medicamentos más indispensables, mientras los muertos eran abandonados en el sitio en que habían perecido. El ambiente se hizo pestilente y en los muladares apestosos, no se veían otra cosa que perros flácidos y famélicos disputándose regañando los cadáveres no sepultados. Pero todo, ello no significaba nada, ante la angustia que reinaba en cada hogar, porque en cada uno de éstos, se habían consumido los víveres. Hambrientos los vecinos, a la desesperada, comenzaron a devorar a sus perros, gatos, caballos y asnos, y engullidos también hasta sus pellejos, no sabían qué hacer.

A diario los vecinos morían de inanición, y lo peor era, ninguno podía escapar, porque se hallaban como cautivos. Ver revolotear a los cóndores, oteando los confines de Nuestra Señora de La Paz, y luego dirigirse céleres hacia las montañas andinas y desaparecer; ¡qué desilusión les causaba!.

En una de tantas casonas, situada en la calle de Carcantía, vivía un español, junto a su esposa y tres tiernos hijos, teniendo como a criados a un indio y a su esposa e hijo de su repartimiento de Huarina. Ocho personas, sin poder tomar un bocado, era una cuestión desalentadora que hacía que todos ellos se entregaran al abatimiento.

Saciar el hambre era lo esencial, pero no había cómo, y es entonces que el ibero, en el colmo de la desesperación, hizo remojar sus monturas, luego sus petacas, los calzados y hasta lo más insignificante que fuera de cuero, atiborrándose de pellejos resecos, ablandados en agua.

Pero un día, en el caserón ya no había a qué recurrir para alimentarse, luego de haber pasado tres días sin comer, uno tras otro, fallecieron de hambre los dos hijos menores del español, mientras que el hijo del criado se hallaba agonizante. El sirviente iba a los muladares y allí no encontraba ni siquiera huesos; andaba por los predios vecinos, buscando sapos, lagartijas o gusanos, mas tampoco encontraba nada. Entones, cuando salió nuevamente una mañana en busca de algo que saciara el hambre de los que vivían en casa, al retornar, encontró a su hijo muerto de debilidad. Se aproximó a su vástago, depositó un beso en su mejilla, y después, ¡Santo Dios!, sacando del pecho un filoso puñal, decapitó a su hijo. Envolvió la cabeza en algunos arambeles y salió furtivamente, regresando al rato, cabizbajo y apenado y con los ojos llorosos.

Obligó a su esposa a salir del caserón, y durante su ausencia, desmembró el pequeño cadáver, desmenuzándolo completamente, depositando algunas menudencias en las ollas, donde su esposa solía guisar las comidas. Cuando volvió su mujer, le manifestó que había enterrado a su hijo, y que por una suerte encontró un perro muerto, cuya carne y menudencias puso en las ollas.

Esa tarde cenaron el ibero, su esposa, su hijo sobreviviente, el criado y su consorte, bendiciendo a Dios, por haberse acordado de ellos, entregando al sirviente ese perro que halló en el muladar. Los días subsiguientes se disminuyó un tanto la ración, pero no faltaban pequeños trozos de carne, sobrenadando en el caldo que ingerían, hasta que una mañana escucharon desde la casa, muchos y

atronadores vivas, que anunciaban que llegaba a Nuestra Señora de La Paz, el teniente coronel don José Reseguín, enviado por el Virrey don Juan José Vertíz, a la cabeza de 7.000 combatientes. El arribo de esas tropas, desbarató el cerco puesto por Tupaj Katari, desde ese aciago día del 13 de marzo hasta el 14 de octubre, lapso en que ni la llegada del coronel Ignacio Flores con 1.600 hombres, ni la inundación que produjo la reventazón de la represa construida en Achachicala, doblegaron el valor de los sitiados.

Liberada Nuestra Señora de La Paz, todos sus moradores alborozados celebraban el triunfo, y en medio de la algarabía reinante, el ibero preguntó a su criado, dónde estaba su hijo, respondiéndole que una noche, a escondidas, lo había enviado a Huarina. Al oír tal respuesta la esposa del sirviente, se dio cuenta de que los despojos que se sirvieron los últimos días que duró el cerco levantado por el sacristán de Ayo Ayo, eran de su hijo.

¿QUE OCURRIÓ CON LA LAGUNA ENCANTADA?

Rubén Ochoa

San Francisco y sus alrededores, comienzos del siglo XX
Fotografía: Archivo Roger Pastén

En la vasta hoyada del Chuquiagu Marka, donde fue enclavada la que posteriormente se llamaría la muy noble, denodada, valerosa y fiel Nuestra Señora de La Paz, existían numerosos ayllus que llevaban nombres vernáculos, que en aimara, significaban los rasgos peculiares o características del lugar. Así, se tenían las zonas de Achachicala o piedra tutelar; Challapampa o llano arenoso; Chijini o lugar con pasto Churupampa o llanura de caracoles; Kjillikjlli o cuervos rojizos; Lurukjeri o fábrica de fogones; Llojeta o deslizado; Supfukachi o loma roída; Waichuri o lugar de aves. Más si bien cada uno de tales lugares era, ora hermoso, ora enigmático y esotérico, el llamado LAICKACKOTA o lago de brujos, era un sitio de belleza encantadora y a la vez misterioso.

Cuando los fundadores de Nuestra Señora de La Paz, se establecieron en la inmensa hoyada, demarcaron los ayllus, y al que desde épocas pretéritas se conocía como Laickackota lo convirtieron en un distrito, dándole el nombre de Santa Barbará, que se hallaba entre la calle de las TEJERIAS, el río Choqueyapu y las calles de LEMUS y del RANCHO. Tal distrito se hallaba atravesado de este a oeste por el cerro de Laickackota, uno de cuyos lados daba al valle de San Isidro de Potopoto, en tanto que el otro, caía hasta la orilla misma del rio Choqueyapu. En este costado y sobre un ribazo, existía una laguna conocida por los iberos como la Laguna Encantada, y por los autóctonos como Laickackota.

Esa laguna donde no desembocaba ningún riachuelo ni arroyo y cuya formación tal vez era milenaria, ya fue visitada en enero de 1540 cuando la conquista del Collasuyo, por don Francisco Pizarro, don Pedro de Valdivia y don Gabriel de Rojas, cuando el primero de éstos acompañado de los otros, se dirigieron a las arenas auríferas de Chuquiagu, del Orckojahuira y del CHUQUIAGUILLO, a lavar oro, para atender los asuntos de Charcas. Estaba situada en una encrucijada, de las que el principal camino era el que partiendo de los mercados de CHAULLA CKATU y GUAYANI y de las calles de LANDAVERI, YAURIPILA y Carcantia iba hacia los valles de San Isidro de Potopoto, el Obraje, Río Abajo, Caracato, Sapahaqui y Luribay, donde las familias acaudaladas tenían sus chacarillas y haciendas.

La Laguna Encantada era bastante larga y tenía la forma de un pescado, con la cabeza dirigida hacia el Illimani. Aguas diáfanas y tranquilas surcadas por SCHOKHAS, KHANKHATAS y otros patos silvestres y contorneadas de verdino CHIJI, gráciles kantutas, llantenes de hojas lanceoladas y florecillas silvestres; mientras que en las rinconadas contiguas al cerro de Laickakota se apeñuscaban verdinegras hediondillas, glaucas CKARALAHUCAS de amarillas flores campanuláceas, WILACKUMAS de flores rojas, algunos copados molles, exhibiendo el carmín lustroso de sus diminutos grumos, e ISCACHAPIRIS de torcidos y rojizos tallos y lustrosas hojas. Trinos y gorjeos de CHAIÑAS y HUILLACUS ensordecían el ámbito, embalsamado de perfumes que como un aroma ambarado producían una felicidad estática.

Y en las tardes, cuando tras las lejanas cimas se escondía el sol, y esa banda de arreboles de la antahuara, iluminaba débilmente con su matiz grana los jocundos altozanos aledaños verdegueantes de papales y quinuales, y bajaban brincando las manada de corderillos, precedidos por el perro ovejero que los metía al redil; que cuadro eclógico el que se contemplaba, que paz octaviana la

que se sentía.

En cambio por las noches, cuando las multitudes de estrellas relucían en el cielo; bordeando la laguna, en las rinconadas del bajío lindante y en las cumbres del Laickackota veíanse fogatas, donde los YATIRIS y JAMPIRIS practicaban sus sortilegios y curaciones, junto al supersticioso chillido de algún CKATECKATE, que iniciaba su concierto nocturnal. Las llamaradas que iluminaban los rostros pringosos de esos adivinos y curanderos escuálidos y desaseados, parecían alumbrar a brujos reunidos en una junta. Por eso los nativos llamaban a la laguna Laickackota.

Más, con todo, ese lugar de la laguna, por su belleza bravía, era visitada durante todas las fiestas de guardar, que en total eran 45 al año en Nuestra Señora de La Paz. Entonces, en sus orillas, reuníanse matronas de linaje, damas de alcurnia y damiselas pintarrajeadas, que al son de guitarras y laúdes bailaban panaderos y fandangos, con hidalgos redondos o hidalgotes de gotera. Eran joviales y festivos grupos, que al atardecer se recogían a sus mansiones, dichosas, contentas y con los rostros regocijados. Sin embargo, los demás días del año que no eran de festejo, la región de la laguna era un lugar solitario, donde el sonido del viento entre los matorrales, causaba terror y desasosiego. Nadie lavaba ropa, nadie se bañaba, aunque las autoridades jamás lo prohibieron, todos, sin saber que, sentían un miedo cerval transitar por la laguna o por los lugares aledaños. Jamás supieron de aparecidos, fantasmas o espectros, pero ningún vecino intentaba siquiera acercarse. Parecía una región maldita. Es seguramente que por este y otros motivos, que el corregidor don Fernando de los Ríos, más o menos, allá por el año 1557, inició la construcción de la pequeña iglesia de Santa Bárbara, a un lado del camino que daba acceso al valle de San Isidro de Potopoto, justamente, en el sitio llamado Las Tablas.

El 4 de diciembre de todos los años, día dedicado a Santa Bárbara, los nativos de los lugares circundantes, convertidos en alféreces, pasaban suntuosas fiestas, con vísperas, procesión y corridas de toros, improvisando un ruedo con solidas vallas. Ahí toros fachosos de las comarcas altiplánicas, vistosos y ricamente enjalmados, perseguidos por los campesinos ávidos de apoderarse de alguna peluconas y reales de plata que los mansejones llevaban en las enjalmas y frontaleras, hacían las delicias de los espectadores, mientras las tropas de SICKURIS, asordaban el ámbito con CKKUYUS y HUAYÑUS.

Pero, al filo del ocaso de un día, en que los más de los fiesteros se encontraban ebrios y se despedían de su patrona Santa Barbará, asombrados espetaron, como una tropa de diez y doce sickuris caminaba con rumbo a la laguna, en momentos en que la luna llena se asomaba tras los cerros colindantes. Mas, su sorpresa fue mayúscula, cuando perdiéndose en un caminillo oscuro, volvieron a aparecer en la vereda contigua, dirigiéndose directamente a la laguna, en cuyas aguas desaparecieron los diez o doce músicos, sin dejar más huella, que el agitarse de las aguas en el sitio del hundimiento. Cuando al día siguiente, el corregidor, el alguacil mayor y otras autoridades, se hicieron presentes en la laguna, no encontraron ni rastro de los sickuris y, en los días subsiguientes, tampoco hallaron ningún cadáver flotando en las aguas.

Al poco tiempo de lo anterior, dos acaudalados hermanos iberos, que se habían divertido en su lujosa mansión de Supfukachi, con motivo de festejar el día del cumpleaños de uno de ellos, se dirigían a jaranear en una chacarilla que poseían en San Isidro de Potopoto. Cuando caballeros en briosos corceles bajaban por un sendero, desde alguna distancia divisaron que en una de las orillas de la laguna se bañaban varias personas. Picando a sus caballerías, se dirigieron a cabalgada, tomaron un atajo, pero al no poder ascender por una cuesta bastante empinada, arriendaron

sus caballos en las ramas de un molle, dejándolos al cuidado del sirviente que los acompañaba. Treparon la pendiente, y el peón los esperó hasta la hora en que el sol se ponía, y cuando desesperado fue a buscarlos a la laguna; allí, no encontró ni huella de sus patrones. Perplejo y turbado, retornó a Supfukachi, avisando lo acontecido a los familiares de los dos hermanos. Luego del alboroto de costumbre, acudieron las autoridades a la laguna, y ahí, no había cadáveres ni vestigios de que alguien se hubiese bañado. Por este suceso y muchos otros parecidos que ocurrieron, los españoles llamaron a la laguna la Laguna Encantada.

Mas, la noche del 9 de agosto de 1837, cuando el cielo nublado presentaba un aspecto sombrío, dando la impresión de que de un momento a otro iba a desencadenarse una nevada, el sereno que a paso cansado caminaba por la calle de Loroqueri, de repente, al contemplar el cielo, se estremeció. Nubes de un rojal descolorido, iluminadas de rato en rato por lejanos fusilazos, parecían moverse fugazmente con dirección al Illimani, en tanto caían los primeros copos de nieve. El sereno, asiendo con la diestra su bastón con regatón de hierro y con la mano izquierda su farolillo, tosió, tragó su saliva, y luego, con un vozarrón miedoso, anunció:

-Las doce han dado... nublado y nevando...

Cuando el eco de sus palabras aún no se perdía, en ese breve lapso, de repente, en todo el ámbito de Nuestra Señora de La Paz, retumbo un estruendo, como de mil cañonazos disparados simultáneamente, dando la impresión de que en ese instante se derrumbaban todos los cerros aledaños, o que en el cielo rodaban carambolas gigantescas. Después reinó un sepulcral silencio, mientras los vecinos despertados por el tronante ruido, sin saber de qué se trataba, pero pensando que el Illimani había entrado en erupción, por considerarlo siempre un volcán

apagado, o que tuvo lugar algún terremoto en un lugar cercano, lo único que hicieron fue concentrarse en los templos próximos y organizar plegarias para que Pueblo Nuevo no desapareciera.

A la amanecida del día siguiente, todos los moradores reunidos en las cumbres de lo que había quedado del cerro de Laickackota, asombrados contemplaban, que una gran parte de la zona de Santa Bárbara se había hundido. En el sitio donde antes estaba la laguna, se veía una enorme grieta, como si hubiera sido producida por el tajo de un hacha gigantesca. La Laguna Encantada, el templo de Santa Bárbara y los caserones existentes en tal lugar, habían desaparecido, tragados por la tierra.

Zacarías Monje Ortiz

(La Paz, 1895)

Dramaturgo, novelista e historiador. Estudió Derecho en la Universidad de San Andrés, recibiéndose de Abogado en 1925. Como resultado de sus pasiones, compartió la dramaturgia con las cuestiones jurídicas e históricas (a veces con notorios errores). En 1920 escribió la obra teatral "Supay Marca" (ciudad de los demonios), publicada ocho años después, siendo el primer drama boliviano de su tiempo que puso en escena a los campesinos del occidente de nuestro país; en el Exordio indicó que su propósito fue "...mostrar que el indio tiene sentimientos"; aunque los personajes están concebidos de forma maniquea, pues dejan de ser articulados como entes extraños o ajenos que no corresponden a la realidad.

También escribió "Natacha", cuyos personajes son cholos de La Paz: dramatiza la vida de este segmento social para mostrarnos su idiosincrasia, resignación cristiana y, según sus palabras, para advertir al público que "...la gente del pueblo también tiene su corazoncito". Cultivó el género costumbrista en "Los Nuevo Pobres" y "Los Hijos del Viento"; "Las Seis Viudas del Sargento Zam", siendo esta última un drama inspirado en la Guerra del Chaco y; "Sucasuca Mallcu", que es una biografía novelada. Dentro del tema histórico, en 1948, escribió la "Fundación de la Ciudad de La Paz", donde trata sobre la prehistoria, historia y las costumbres sociales de la época colonial y de los primeros tiempos de la República.

AQUELLA CALLE, LA CHOLITA Y EL CORREGIDOR ESPAÑOL

Zacarías Monje Ortiz

Camino de Challapampa, inicios del siglo XX
Fotografía: Archivo Roger Pastén

Hace como tres siglos que la actual calle Figueroa, por las diabluras de la donosa y garrida chola, La Chepa, y del caballero de alcántara, su excelencia don Juan Antonio de Mesa Lugo y Ayala, lleva por añejo remoquete el apodo de Supay Calle.

Saliendo de la plazuela de los frailes franciscanos, por la vía que parte hacia el este, entramos en la calle de Figueroa, que recuerda a aquel don Juan Antonio, el glorioso sastre gallego, de siete vidas, que pagó con las mismas el intento de independencia que iniciándose el 16 de julio de 1809, terminó a fines de enero de 1810, al lado de los otros americanos sacrificados por el Khala Goyeneche.

Figueroa se llama desde hace poco la calle. Antes de recibir tan egregio nombre, no tenía oficialmente ningún otro, pero la ciudad colonial y republicana no podía dejar sin denominación una calle, una esquina o un recodo, así que, de una manera universal ella era conocida por Supay Calle. Es decir la calle de Mefistófeles o del mismísimo diablo de cien cachos. ¿Sería porque a su vera hubiera localizado la santa Inquisición antros donde floreciese la magia negra? Nada de eso ni ocho cuartos de lo mismo. El nombre se debe a muy riente picaresco motivo, a un algo que evoco la libérrima y enjundiosa crónica de la donosa andaluza, aquella mondaria, bocado de cardenales y grandes capitanes, de los tiempos en que en Roma el pendón de España flameaba sobre sus colinas y palacios.

La leyenda paceña ha llegado hasta nosotros, pues perdura así mismo el castizo nombre de la calle. Pero quien le diera al asunto el valor de una discreta y bien sorteada síntesis histórica, fue un ingenio de esta villa, el presbítero muy ilustre don Nicanor Aranzaes. Amasijo hagamos de tradición e historia, y pluguiera a N.S., la Revoltosa Morena Virgen del Carmen, que saliéramos bien del trance para su mayor gloria y la de su pueblo.

* * *

Ella era de elegancia tal, que toda la recova y cuanto pintiparado había, solían rendirle tributo sin vacilaciones. ¡Campanitas de Loreto, bronces desaparecidos que sonaban más de prisa cuando la Chepa, dejando el puesto de frutas, tomaba el rumbo del templo para ir a cumplir con Dios, ya no estáis en el conjunto de las cosas nobles para pediros revivaís la escena dominguera, que ya no ha de ser, por siempre jamás!

Apenas notaba que sus botitas de felpa se ponían algo contraídas, daba órdenes al zapatero, al mejor del gremio, especialista en los tacos luisoncenos. Las polleras plisadas de floreados brocados y del no menos valioso "gros" de aguas, no eran ceñidas a su talle de guitarra sevillana más de una vez. Lucía a diario las blusas faldonas que se transparentaban al intento, para dejar ver lo pura, lo limpia y lo fresca que era toda su personita. Y sobre la testa redonda, que peinaba la renegrida cabellera, rematando en las dos trenzas largas y oscuras como dos noches consentidoras de invierno, realizaba los más audaces equilibrios el sombrerete de ala corta copa alta, blanquito, siempre como el blanco Illimani. El cutis aterciopelado le envidiaban los duraznos de Luribay. Tipo de mestiza de la estirpe paterna tal vez tenía el color agareno y los ojos negros que parpadeaban remolonamente. Y de la madre el alma melancólica y el cuerpo con temple de acero y carnes prietas y bien bruñidas. Allá, cuando se

iba con el grupito parrandero al “apthapi” del miércoles de ceniza o la Romería de Cristo de Obrajes, luciendo la manta chulapona de legítimo manila, daba la hora. Erase un relojito con cuerda para muchos años, y cuyos campanazos se oyen todavía a los tres siglos de andar el mundo dándole rodeos al sol.

* * *

Habíase sentado en aquel sillón de los corregidores, que casi recibe el peso de la humanidad de don Miguel de Cervantes Saavedra -hoy sitial reservado a los alcaldes de La Paz-, desde el 15 de diciembre de 1681, el excelentísimo señor general y caballero de la orden de Alcántara, don Juan Antonio de Mesa Lugo y Ayala, gallego de origen, que vino para hacer la América como servidor del rey nuestro señor. Que si su gobierno fue fecundo en obras de tuición y de justicia, nada dicen los cronicones. A este personaje la historia sólo le toma por el lado del corazón... Pues que, a pesar de haberse traído a cuestas desde las Españas a su cara mitad legitima, doña María de la Encarnación Ayala, por amor de hembras que fueran canela en grano, el perdía el juicio, aunque cuidaba mucho del incognito, pues ya que su fama de buen corregidor, no llegaría a sonar, por lo menos en sus correrías no quiso que se mezclaran los cronistas.

* * *

Pasado el toque de queda, es decir cuando, por mandato de la autoridad, no debían haber en las calles más títeres que los serenos (y los frescos que nunca faltan para burlarse de las leyes), el señor corregidor hablaba a su católica consorte de intrincados asuntos del corregimiento, y salía a correr, según lo decía, para ver de que sean efectivos los rondós en bien de la moral cristiana y seguridad del patrimonio de los súbditos de S.M. Pero escogía siempre para sus actividades nocturnas, el gran chambergo

armado y una amplia capa roja que le brindaba excelente embozo. Y el corregidor, que pisaba los talones de las rondas, por muy pocos momentos, daba algunos rodeos y llegaba siempre a la plazuela de San Francisco y se escurría por aquella callecita del riñón de esta muy amada ciudad. Rozando sus paredes, la silueta fantasmagórica, que a veces imprudente arrastraba el sable, paraba de andar, casualmente, o no, en el justo momento de pasar por la puerta de la casa de la flor de las populares hembras paceñas, por la puerta labrada en cedro de la chepa, que esperaba con zozobra el momento de descontornar el postigo, y dar paso al amo y señor de sus encantos.

El romance no fue interrumpido sino con la renuncia que hizo del corregimiento el galante nocturno, hacia el año 1687. Perdida la dignidad y los sueldos, perdió la moza y concubina. Esto ocurre desde que en el mundo existen corregidores o ministros.

La Chepa, después de rodar por el lecho de otros galanes, también se eclipsó. Pero el recuerdo de aquel gran diablo que, a cada tantas noches, los tunantes y galloferos miraban, sonriendo con picardía, subir hacia el callejón del ahorcado, no ha pasado todavía. Y vivirá la tradición, mientras las gentes de La Paz designen aquella vía por su ancestral apodo, el de Supay Calle.

* * *

Os he exhumado del olvido, señora reina de los mercados y cholitas postineras; señor galán escondido en la pañosa roja de sus trajines don juanesco. ¡Ah!, y a vos, compañero anónimo del Loreto, que fuera al más risueño campanero, el que mejor repicaba en La Paz. Perdonad al indiscreto, y volveos a vuestros lares, sombras queridas, que yo ansió embriagarme de tristeza, en completa solitud ¡Oh campanas del Loreto que, cuando nacimos, aún

alegrabais todos los rincones paceños, por el progreso y sus picotas habéis enmudecido.

Antonio Paredes Candia

(La Paz, 1924 – 2004)

Considerado el autor más prolífico de Bolivia (escribió más de 113 libros). Hijo del historiador Rigoberto Paredes y proveniente de una familia de abogados y literatos, heredó de su madre el espíritu incomformista y la afición por la lectura. Cursó estudios en el colegio Ayacucho de la ciudad de La Paz y en el Sagrado Corazón de la ciudad de Sucre. Durante su vida se dedicó a escribir libros de diversas categorías, comenzando sus primeros trabajos literarios con la poesía. Escribió varias novelas cortas, entre las que destacan: "El Zambo Salvito"; "Historia de la Bella Elena"; "El Molino Quemado"; "Literatura Folclórica"; "El Apodo en Bolivia"; "Vocablos Aymaras en el Habla Popular Paceño"; "Antología de Cuentos de Folclore Boliviano"; "Artesanías e Industrias Populares de Bolivia"; "Brujerías, Tradiciones y Leyendas"; "Cuentos Populares Bolivianos"; "La Fiesta Folclórica en Bolivia"; "Diccionario Mitológico Boliviano"; "Las Mejores Tradiciones y Leyendas de Bolivia"; "Folklore de Potosí"; "El Sexo en el Folklore"; "Isolda"; "Ellos no Tenían Zapatos".

Se le otorgó la "Orden Parlamentaria al Mérito Democrático Marcelo Quiroga Santa Cruz", la "Medalla Simón Bolívar" y la "Medalla al Mérito Cultura", entre otros. También fue investido doctor honoris causa por la Universidad Privada Franz Tamayo. Tras su fallecimiento, se denominaron con su nombre instituciones educativas y al Museo de Arte de la ciudad de El Alto. Mediante Ordenanza Municipal Nº 601/2008, el Gobierno Municipal de La Paz nominó como Antonio Paredes Candia a una calle de la zona de Cota Cota, en homenaje póstumo a ese gran escritor paceño y boliviano.

UNA MÁQUINA DE COSER QUE SALVA UNA VIDA Y ASCIENDE A UN MILITAR

Antonio Paredes Candia

Río Tumusla, principios del siglo XX
Fotografía: Archivo Roger Pastén

I

De todos los seres de la Creación, -se dice-, los que más tiempo pierden en hacer su atavío son los gatos, las moscas y las mujeres"; felizmente esta tradición no trata de gatos ni de gatas, menos de moscas o moscardones, sino del ropero de la arrebatadora Juanita, -Juanacha para las envidiosas-; de aquella mujer que sorbió el seso del más bandido de los bandidos, al que tenía de Atila, de Baco y de Tenorio juntos; a esa cuasi bestia: cruel, sanguinaria, intolerante, que era una bolsa de vicios, y tenía una sola ...virtud, la capacidad de amar a una mujer, y dizque tan hondo calaba el amor de él, que ella era "el principio de todo, la razón de todo, el fin de todo". Don Mariano se pegó una camotera de marca mayor, mortal, fatal, deformante, como viruelas en la vejez. Por ella obsequio a su cuñado y a la vez hijo político suyo más de veinte fincas, por ella indultaba, calmaba su ira en lo peor de la tempestad y por ella era capaz de hacer temblar a la "sociedad" paceña cuando presumía un desaire a su amada Juanita. ¡De amar, así se ama!...

II

Juanita Sánchez, como toda mujer bella y primera dama de la República, ad-ínterin, cuidaba de vestir bien, e indudablemente sabía hacerlo con donaire. Lucía los ricos terciopelos y brocados de sus atavíos siempre adornados con cintas, flores y encajes. En aquellos años, confeccionar un traje demandaba mucho tiempo, prolijidad y paciencia.

Aún no había llegado a esta ciudad la máquina de coser, ha tiempo inventada en Europa, y que ya se utilizaba en algunos países de Sur América. La mujer que quería ser elegante tenía que confeccionar personalmente sus galas, costurando con la aguja, el hilo y el dedal.

III

Don Doménico Lorini Bonnanzio era un caballero italiano de muchas sonajas y campanas; allí en su tierra había sido condecorado nada menos que por seguidor de Giuseppe Garibaldi; y esto de condecoraciones era el sarampión de su familia, porque su madre también había merecido otra de Napoleón Bonaparte Ramolino. Pues así, partió del puerto de Génova, trayendo consigo en sus faltriqueras, además de las cintilantes medallas, las primeras semillas de eucaliptos, un flamante título de bioquímico, muchos planes y esperanzas, y aunque no se crea... la primera máquina de coser; con la idea de que fuera el regalo de bodas a su futura esposa, que entre paréntesis no tardó en encontrarla al poco tiempo de su arribo a la ciudad de La Paz de Ayacucho, casándose con doña Casta Carrasco Orihuela, en la que tuvo innumerísima prole.

Doña Casta tenía un hermanito militar, el Mayor José Carrasco Orihuela, que en aquel tiempo, id como siempre, los entorchados ya tenían fama de revoltosos y unos a otros amor con amor se pagaban. A ellos no les convencía aquello sino "cada uno va a su avío, y yo al mío", y que bien sabían llegar al suyo, porque en un tris-tras amanecíamos con un nuevo presidente. ¡Y vaya al diablo, qué presidente!....

Sin más ni más, un buen día el Mayor Carrasco también se le ocurrió jugar a la revolución, y no sería tan diestro en esos tejemanejes porque a él y su comandita, los pescaron como a Caco y Macaco, con las manos en la masa. Y con don Mariano no quedaban en chiquitas ordenó que

al amanecer de aquel día, un pelotón de soldados diera cuenta con la vida del belicoso de Carrasco, que dicho sea de paso, diligentemente fue "puesto en capilla".
Doña Casta, sabedora de la suerte de su hermano elevó el grito al cielo, pidió, rogó, lloró; pero ¿qué hacer?, ¿Cómo enfrentar a la fiera? Nadie se atrevía.

-Anda, Doménico -rogaba la hermana-, anda y trata de entrevistarte con el Presidente.

Y don Doménico, después de mucho cavilar, mal de su grado tuvo que aceptar correr el albur, buscando a la fiera en su cubil.

IV

Ya en palacio don Doménico, inquiría por el facineroso… o Presidente de entonces, y exactamente como hoy hacen los áulicos cuando se busca a algún politiquillo encumbrado por milagro de Dios, les informaban unos; está arriba o está abajo; otros: ahurita ha salido, y al final ninguno le decía la verdad.

Don Doménico, dentro de "palacio", andaba de Herodes a Pilatos, hasta que en una de sus subidas y bajadas por los pisos, se encontró con la buenamoza de doña Juana, que ayudada de una negrita, cosía con aguja, hilo y dedal, una saya muy plisada. Al italianito inmediatamente se le iluminó el caletre y acercándose le dijo:

-Doña Juana, usted continúa a la antigua, con la aguja, el hilo y el dedal, en este tiempo que ya se ha inventado la máquina de coser.

-Pero, don Domingo -repuso- ¿qué puedo hacer si las maquinillas aún no han llegado a nuestra patria?

-Pero yo tengo una…

Doña Juana abrió los ojos de asombro y rápidamente le propuso:

-Se la compro don Domingo.

-No se la vendo doña Juana -arguyó; agregando caballerosamente- es suya…

Y cuando vio la primera maquinilla que llegó a Bolivia, de marca industrial italiana, primitiva en su construcción, que más parecía una diminuta locomotora que una máquina de coser, y cuando comprobó su utilidad, doña Juana tembló de emoción y subió su entusiasmo, proponiéndole:

-Pida usted lo que quiera don Domingo, pero esta maquinilla tiene que ser mía.

El momento había llegado; y bien sabía don Domingo que "cuando te dieren el anillo, pon el dedillo"; contó con pelos y señales la situación de su cuñado y lo que le esperaba. Doña Juana escuchaba atenta y para sus ojos, aquel problemilla, arreglarlo, era "pan comido"; acostumbrada como estaba a enfrentar a la fiera que a dos palabras suyas se tornaba en manso marianillo.

-Deje por mi cuenta don Domingo: vuelva a su casa a tranquilizar a su esposa, que pronto su cuñado estará de regreso.

Dicho y hecho. La maquinilla quedó en palacio haciendo su milagro, y no sabemos de qué artes se valdría doña Juana, pero la verdad es que el Mayor Carrasco retornó a su hogar sin un rasguño… y de coronel Carrasco…

Cosas y quisicosas de nuestra democracia melgaregil…

(La Paz, 1969)

(La Paz, 1982)

Carlos Gerl. Psicólogo especializado en Psicología Social con amplios conocimientos sobre la historia y cultura paceñas, es Jefe de la Unidad de Patrimonio Inmaterial e Investigación Cultural.

Randy Chávez. Historiador especializado en investigaciones culturales, es Historiador de Patrimonio Cultural en la Unidad de Patrimonio Inmaterial e Investigación Cultural.

Gerl y Chávez han escrito juntos varios trabajos publicados por la Oficialía Mayor de Culturas, entre las que destacan: "El soldado más joven del mundo"; "La enfermera Andrea de Bilbao Rioja"; "Acciones documentadas sobre la Casa de Pedro Domingo Murillo"; "Plaza Riosinho"; "Plaza Murillo"; "29 de Enero, Día del Heroísmo Paceño"; "Paseo El Prado"; "Cien años de Emiliano Luján"; "Puentes de la Ciudad de La Paz"; "Niños héroes de Bolivia"; "La Paz Colonial, un paseo por la historia de la ciudad (1548-1781)"; "La Paz Revolucionaria, un paseo por la historia de la ciudad (1809-1825)"; "Guerra del Chaco, Monumentos y Ordenanzas Municipales de la Ciudad de La Paz"; "Patrimonio Escultórico Público de la Ciudad de La Paz", entre otros. Está en preparación su trabajo "La Paz de Antaño".

EL PRIMER ENTIERRO EN EL CEMENTERIO GENERAL

Carlos M. Gerl Pardo
Randy Chávez García

Paseo de la Alameda, comienzos del siglo XX
Fotografía: Archivo Roger Pastén

Varios años después de que los conquistadores españoles fundaron y se establecieron en la ciudad de Nuestra Señora de La Paz -en el Chuquiago Marca de los aymaras y quechuas, que habitaban esta mágica hondonada desde tiempos remotos- las autoridades hispanas hicieron esfuerzos para dotarse de un cementerio público, mas vanos fueron sus arrojos, pues las costumbres de sus gentes -sin más ni par- era estar más cerca de Dios que del diantre.

Establecidas en medio de la ciudad, las iglesias servían como camposantos, y afrontaban el gran problema de haberse quedado sin espacio para inhumar cadáveres y que habían ya colapsado, quedando muchos cuerpos insepultos que ofendían las narices y eran motivo de alarma de una peste. Sin embargo, los vecinos tenían la mística creencia de que no podrían alcanzar el cielo si sus restos mortales no fueran enterrados cerca de los templos, o sus atrios. Así pues, tenían por costumbre sepultar a los personajes más importantes en las capillas, especialmente si pertenecían a una cofradía; a diferencia de los negros y mulatos que estaban prohibidos de ser sepultados en ese lugar y, si la fortuna los premiaba después de muertos, las chacras o haciendas de sus amos reposarían sus cansados huesos. La clase era prolongada en los españoles, incluso hasta después de muertos: la laya a la cual hubo pertenecido el difunto hacía la diferencia del precio de su entierro. A comienzos del siglo XVI -que esto ya es de historia y no de tradición, porque los documentillos cantan- la primera clase valía 400 pesos y los más comunes, osea de la mayoría, costaban de 35 a 80 pesos.

Ambicionando dar con la pretendida solución al asunto, el gobernador de La Paz, don Gregorio Fernández de Miranda García, Marqués de Valde-Hoyos, hizo construir un cementerio en un lugar llamado "Lazareto" en el campo de Caiconi, a un lado del camino a Yungas. Paradójicamente, por azares del infortunio, fue este gobernador quien lo ocupó primero. Al mes y medio de haberse bendecido el camposanto, -¡zás Barrabás!- el marqués fue linchado por los patriotas en uno de esos cruentos episodios de la Guerra de la Independencia; su cadáver fue amarrado a las monturas de un caballo, siendo horrorosamente arrastrado hasta ese cementerio, donde finalmente fue sepultado.

Como se comprenderá, cuando parecía que no había solución para este problema, posteriormente fue encarado en los primeros años de la República, gracias a la intervención decidida del el gran Mariscal Andrés de Santa Cruz, Supremo Protector de la Confederación Peruano-Boliviana, quien estaba muy al tanto sobre la prolongada preocupación de las autoridades locales y de sus antecesores. A la orden del gran Mariscal se proyectaba cumplir al fin la voluntad de quienes deseaban un cementerio alejado del centro de la ciudad, pero no tan distante como fue el de Caiconi. Fue así que -como de sobra lo sabremos- en una planicie situada al pie del Alto de la ciudad, en el actual barrio de El Tejar, se iniciaron los trabajos para la construcción del camposanto.

Pero aún faltaba animar al barullo de enterrar los restos de sus seres queridos en el camposanto -dirán algunos-, por lo que -ahora lo decimos- , el Mariscal también ordenó que se construyese en medio una capilla de estilo arquitectónico sencillo, abriendo justamente la eventualidad de que se pudieran practicar vigilias y otras ceremonias de culto religioso. Sin embargo, no faltaron vecinos que protestaron contra la innovación que iba a perpetrarse, sobresalía entre ellos una viejecita llamada Ana Paredes, la que

haciéndose cruces, decía a sus amigas de barrio:

-¡Jesús! Con los sarracenos que tenemos en La Paz, quieren alejar de los campos sagrados de nuestros templos los cuerpos de los cristianos. Quieren llevarlos solos y lejos del poblado. ¡No debemos consentir tamaño ultraje!.

Es así que doña Paredes opuso tenaz resistencia para que no cambiara la costumbre de inhumar y al menos en ella -que cansada y cerca al óbito- pretendía reposar sus afables restos al lado de una antigua iglesia, como siempre había sido hasta ese entonces.

Por fin llegó el día de la conclusión de los muros y de la entrada principal, que era una amplia y alta portada de piedra granito -inspirada por el mismo Mariscal- que llevaba la siguiente inscripción: "Verdadero desengaño y descanso de los mortales", que casi de forma mística simbolizaba una entrada al reino del más allá.

A las sabiendas de la referencia, las autoridades civiles y eclesiásticas resolvieron inaugurar el camposanto con los restos del Obispo Ochoa, fallecido hacia un año atrás, que debían ser exhumados de un templo de la ciudad y soterrados en el nuevo camposanto. Mientras tanto y por mera casualidad, la viejita Paredes falleció de un infarto. Como los funerales de Monseñor fueron solemnes y se prolongaron por varios días, demorando su inhumación, doña Paredes fue sepultada en el camposanto sin gran preámbulo, ni ceremonia ni excelso funeral.

Tal es la paradójica reminiscencia sobre quien estrenó nuestro Cementerio General, que en sus primeros años fue conocido como El Panteón.

David Mendoza Salazar

(La Paz, 1959)

David Mendoza. Sociólogo especializado en el Patrimonio Cultural, Danzas Folklóricas y Tradiciones de La Paz, ha realizado investigaciones y escrito publicaciones, entre las que resaltan: "El Negro no es un Color es una Saya," (1992); "El Origen de la Morenada" (1993); Revista Tradición Paceña: Gran Poder, (1998); "La Morenada, 100 x 100 paceña", en co-autoría con Simón Cuba (2006); "Los Bordadores de la Morenada de Achacachi" (2008) y "La Chola: Símbolo de identidad paceña" (2009). Es Técnico de la Unidad de Patrimonio Inmaterial e Investigación Cultural, dependiente de la Oficialía Mayor de Culturas.

LA "CHOLITA SIRENA" DE CALLAPA

David Mendoza Salazar

Río Choqueyapu, Challapampa, inicios del siglo XX
Fotografía: Archivo Roger Pastén

El sábado 26 de febrero de 2011 ocurrió uno de los desastres más impactantes de los últimos años en la ciudad de La Paz. A causa de las intensas lluvias se desplomaron varios cerros, la tierra se erosionó, el río Chulluncani se desbordó y afectó a los distritos 16 y 17 de la ladera oeste de La Paz, que comprende los barrios de: Pampahasi, Valle de las Flores, Santa Rosa de Callapa, Metropolitana, Kupini II, Pampahasi Bajo Central, Callapa y 23 de Marzo, entre otros.

Los vecinos afectados evacuaron sus viviendas ante la amenaza de un desastre mayor. Esta tragedia y sus daños fueron atribuidos por los vecinos de Callapa a la maldición de la Cholita Sirena, hoy convertida en una leyenda urbana recogida por el periódico la Prensa el 3 de marzo de 2011. A continuación, una versión recreada de la leyenda.

*****

En ocasión de la fiesta de la zona de Callapa, en junio de 2010, llegó a la zona una cholita muy extraña. Era una mujer joven que aparentaba 25 años, delgada, de rostro pequeño y de color blanco con manchas, ojos rasgados y piel húmeda y gelatinosa que parecía con escamas. Cuando la cholita caminaba parecía deslizarse por el piso, porque los demás no la sentían. Vestía un sombrero negro, una manta muy vistosa de color azul adornada con lentejuelas y bordada con flores y follaje. Llevaba una blusa de seda blanca y una pollera jaspeada entre marfil y azul y calzaba un zapato de cuero café combinado con negro. Algunos creyeron haberla visto vendiendo frutas en el mercado Rodríguez y, desde que sucedió el desastre, no volvieron a verla.

En la fiesta, la cholita trató de relacionarse con varias personas para divertirse y bailar una morenada. Se fue a un local donde la gente bailaba y farreaba, ingresó con timidez, pero nadie quería hablarle por su aspecto desagradable y enigmático. Los jóvenes, al verla, se burlaban y alejaban de ella, no querían hablarle ni invitarla a bailar.

En vista del maltrato que recibió, la Cholita Sirena salió del lugar muy molesta. Invitó a otras dos cholitas a una quinta o bar a beber y comer. Allí, compró una caja de cerveza para compartir con sus amigas ocasionales. Luego de beber por varias horas y cantar a coro varios temas de moda, la noche las encontró casi eufóricas. Pero las amigas desaparecieron del lugar y dejaron a la cholita sola en la mesa.

La cholita salió a la calle y se encontró con la noche y las calles casi desiertas. Sólo vio a algunos borrachos bulliciosos que volvían a sus casas. Se puso a caminar hasta que escuchó el sonido de una banda que tocaba una morenada. Caminó hasta encontrar el local de donde venía la música, las risas y el canto. Tocó la puerta con insistencia y trató de ingresar. Al verla, los encargados del local se lo impidieron.

No insistió más, molesta, trató de abordar un transporte para salir de la zona, pero no había ningún minibús a la vista. La Parada estaba vacía. Tocó puertas casa por casa para que la alojaran, pero nadie quería recibirla. Todos la botaban, les daba miedo alojarla. Tocó a una vecina y ella le dijo:

- *¿Tú quién eres para que te aloje? No te conozco, le dijo una vecina.*

- *¡Cómo te voy a alojar, tan fea que eres, das miedo!, le gritó otra.*

Todos la trataron muy mal y provocaron en ella desolación y rabia. Le brotaron lágrimas de odio y se fue llorando y maldiciendo:

- *Ahora van a ver todos. Nadie me quiere alojar... Se van a acordar de mí, todo su pueblo se va a destruir, ya no va a existir. Todos van a llorar igual que yo estoy llorando por una casa. Van a ver... mis hijos me van a vengar y les va a inundar.*

Días antes del desastre, vecinos de Callapa vieron a una víbora que apareció en medio de su patio. Don Teo aún no olvida el suceso ocurrido en su domicilio:

- *Era una víbora de metro y medio. Estaba en mi casa, cerca de mi gata con sus crías, ahora no aparecen, supongo que se los comió.*

Los vecinos aseguraron que la Cholita que les visitó era la Sirena, hija de una víbora, por su aspecto y figura. Una vecina recordó el relato de su madre de la leyenda de la víbora que apareció en su comunidad en forma de un joven guapo, que enamoró a una mujer y que durmió con ella. Al día siguiente, cuando la mujer despertó, en el pasto había sólo una víbora. De esta relación –según la leyenda- nació la Sirena, una mujer con rasgos de víbora que habría sido a quien los vecinos de Callapa rechazaron antes del desastre.

Un día antes del deslizamiento, dicen que las vacas estaban desesperadas, los perros aullaban y los gatos maullaban insistentemente. Este hecho fue un “preaviso” al que nadie hizo caso. Dicen que los animales presienten los desastres naturales escuchando el ruido de las aguas que se mueven por debajo de la tierra. De la misma forma cuando aparecen víboras es una señal de algo catastrófico relacionado con estremecimientos de tierra.

Paseo de la Alameda, principios del siglo XX
Fotografía: Archivo Roger Pastén

LA CURVA DEL DIABLO

David Mendoza Salazar

Los primeros días de agosto del 2011 la Policía encontró un cadáver en la llamada "Curva del Diablo", donde había un altar de piedra con un rostro dibujado en una curva de la autopista que conecta la ciudad de La Paz con El Alto. Este hecho se interpretó como una ofrenda al Diablo que, según la gente, estaba en ese lugar. Sin embargo, los yatiris aymaras sostienen que allí mora una Wak'a, una divinidad andina. La Policía y autoridades de Gobierno retiraron la piedra con una retroexcavadora para frenar y controlar el culto al Diablo.

Dicen que en agosto, la Pachamama tiene la boca abierta a la espera de un banquete, una ofrenda para saciar su hambre. En ese mes, doña Carmen, una chola comerciante rebosante de energía, iba en minibús por la autopista, con su primer hijo envuelto en un aguayo. Esta vez iba muy abrigada, con manta doble y un gorro de lana para soportar el frío de la carretera. El vehículo avanzaba por el asfalto en dirección a la ciudad de El Alto. Doña Carmen sujetaba con una mano el nudo del aguayo, donde descansaba la wawa (niño), y con la otra, la bolsa donde llevaba una ofrenda andina. No había olvidado nada, llevaba coca, alcohol, vino áspero, q'uwa, leña y un deseo que le estaba fatigando el pensamiento. Era las siete de la noche, el viento ingresaba por las rendijas del minibús y de pronto se ladeo en la curva, avisó al voceador en voz baja:

- *Por favor, ¡en la Curva del Diablo!*

El ayudante abrió la puerta y doña Carmen bajó impetuosa, sintiendo en su rostro el viento frío de la carretera. El lugar es una curva de doble vía muy cerrada, flanqueada por dos cerros donde los vehículos se desplazan velozmente y dan la sensación de salirse de la curva. Doña Carmen quedó sorprendida, no podía creer lo que veía.

- *¿Y dónde está la piedra? -preguntó a la gente-. ¿Qué pasó? –comentaba perpleja- ¿Dónde está la piedra?*

El lugar estaba vacío, sólo había tierra removida. Un ramo de gladiolos rojos yacía apoyado sobre el cerro. En el piso había coca esparcida, cigarros, el suelo estaba húmedo por el alcohol, se veía azúcar que blanqueaba el sitio y parecía verse un rostro dibujado en la tierra. Doña Carmen, contrariada, sacudió a su hijo como anunciándole que el Qala Katari -la víbora de piedra- se marchó sin avisarles.

Por un momento se acordó de su compadre, un tractorista de caminos que trabajó hace años en la apertura de la autopista, que le contó que en ese lugar se le apareció una víbora con dos cabezas. Desde entonces, no deja de visitar el lugar por lo menos dos veces al año, primero en carnavales, el martes de ch'alla, y en agosto para entregar una mesita como ofrenda.

Escuchó hablar a un evangelista cristiano que el lugar estaba poseído por el diablo que molestaba a las personas que pasaban y que causaba accidentes de tránsito. A este lugar le llamaron: "Curva del Diablo". Oyó contar a un Yatiri que el sitio era una apacheta donde se había manifestado una Wak'a o deidad andina del manqapacha –nivel subterráneo- llamada Qala Katari, que concedía a sus creyentes energía, bienes materiales y salud. Lo asombroso del lugar era la presencia de un rostro de ojos saltones, nariz larga y boca abierta que parecía gritar. Con el tiempo el lugar se convirtió en un altar donde

se congregaba gente que acudía en masa, con diversas interpretaciones y pidiendo favores extraños.

Escuchó decir que el lugar era frecuentado por gente mala que le pedía favores al Diablo. Incluso allí apareció un cadáver que parecía ser una ofrenda. Esto le estremeció sobremanera, agarró fuerte el nudo del aguayo como para proteger a su wawa de malas energías, pasó al frente y caminó a un puesto donde su caserita vendía velas de todos los colores y otros objetos para ofrenda. Eligió un par de velas blancas. Era viernes, día apropiado para conversar con la Wak'a y llevar a cabo su propósito.

La caserita le comentó que las autoridades del Gobierno y la Policía habían sacado la piedra argumentando que era el Diablo y prohibieron el culto satánico que promovía la gente. Le mostró otro altar que había en el lugar, donde la gente se reunía para ofrendar una "mesita" al Qala Katari. Doña Carmen se dirigió al altar, un especie de cueva esculpida al pie del cerro, donde habían velas encendidas, ceniza y restos de botella de alcohol; buscó un sitio y se acomodó para preparar su ofrenda, escuchó susurrar a un Yatiri palabras en aimara: -Mama qhuta, Qatari qala, wawanakamaruw kuyaptayita… (madre del río, piedra de Katari, ayuda a tus hijos). Avivó el fuego con alcohol, metió la mano a la bolsa en busca de los ingredientes necesarios para acompañar la ofrenda. Comenzó a mascar coca y tomó un sorbo de singani para agarrar coraje mientras pensaba en su marido, que hace dos años falleció en un accidente allí mismo, en la Curva del Diablo.

La Paz, 5 de agosto, 2011

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

OCHOA URIBE, Rubén. Tradiciones Paceñas.
1980 Biblioteca Popular Boliviana de ÚLTIMA HORA, La Paz.

PAREDES CANDIA, Antonio. Las Mejores Tradiciones y Leyendas de Bolivia.
1996 Librería Editorial POPULAR, La Paz.

PAREDES CANDIA, Antonio. Tradiciones de Bolivia.
1987 Libería Editorial POPULAR, La Paz.

SOTOMAYOR Y MOGROVEJO, Ismael. Añejerías Paceñas.
1931 Imprenta de Flores, Sn. Román e Comp.ª, La Paz.

Fuente Biográfica:

Archivo de Nominación de Espacios Públicos de la Unidad de Patrimonio Inmaterial e Investigación Cultural.

La Paz
con fuerza con ñeq'e
GOBIERNO AUTÓNOMO MUNICIPAL